

ESCUELA DE JURISPRUDENCIA.

I

Para cumplir, señores, con un precepto reglamentario, he debido componer un discurso sobre algun tema relacionado con la ciencia constitucional. Tratando de huir en él de la vaga declamacion acostumbrada jeneralmente en circunstancias análogas a la en que me encuentro al presente, me contraeré a algun asunto positivo, del que podamos sacar lecciones prácticas i acomodadas a nuestro modo de ser político i social. ¡Libreme Dios de que mis palabras en esta solemne ocasion vayan a herir algunas susceptibilidades, a mostrarme revestido del espíritu de partido i a convertir esta tribuna, de donde no deben partir en estos dias sino nobles enseñanzas i grandes ejemplos, en un símbolo o recuerdo de nuestras luchas i nuestras tristes divisiones!

Sé que hablo en presencia de un auditorio republicano por carácter, por principios i por tradiciones, tan distante de las exajeraciones demagógicas como de los principios absolutistas; unificado en creencias relijiosas i sin desigualdades sociales o de casta. Todo eso me hace esperar que me seguirá sin desagrado, hecha la debida abstraccion de mis palabras, toscas e incultas naturalmente, en el desarrollo del plan que he concebido.

¿Es la república una síntesis completa de gobierno? ¿Basta decir que en un pais se ha planteado la forma republicana para asegurar que el pueblo es allí feliz? ¿Tiene la república condiciones distintivas, características que la separen de las demas formas de gobierno? ¿Es el mando de las turbas, o el de las clases privilegiadas por la riqueza o por la instruccion; el desarrollo de las empresas materiales, o el cultivo de las artes i de las letras, lo que da felicidad i porvenir a una nacion así constituida? ¿Una república está sujeta a degradacion? i si lo está, ¿cuáles son comunemente las causas que la producen?

Ved ahí, señores, las cuestiones que me he propuesto, i que intento resolver no por medio de abstractas consideraciones, sino apoyado en la historia, recorriendo las de las principales repúblicas antiguas i modernas. Por someramente que intente hacer este estudio, tendré que ser algo difuso, i desde ahora pido por ello vuestra induljencia.

II

Mil ochocientos años antes de Cristo, allá en los confines de la Europa, dando el frente al Asia, i teniendo a sus plantas el Africa, demoraba una nacion, la tercera parte en extension respecto del actual reino de Portugal, bárbara i desconocida, que sinembargo estaba destinada a represen-

tar uno de los papeles mas importantes en la historia de la humanidad. Habreis de sobra comprendido que quiero hablar de la Grecia.

Ocupada primero por una invasion de pelasgos i posteriormente por los jonios, formaba por esa época varios reinos distintos, independientes unos de otros i sin mas vínculos que los del oríjen comun. Algunos de sus caudillos, comprendiendo el gran porvenir a que aquellos estaban llamados por la ventajosa posicion que ocupaban, por las riquezas naturales, por el valor e intelijencia de su raza, concibieron el atrevido pensamiento de unirlos en una sola nacionalidad.

I la religion vino en su auxilio con tal objeto. El dórico Apolo i la pelasga Cérés se dieron la mano, el uno en Antela i el otro en Delfos; un templo se levantó en cada uno de esos puntos, i allí vinieron a tener lugar las asambleas de otoño i las asambleas de primavera, justamente celebradas i conocidas con el nombre de las anficiones. A esas asambleas enviaba su diputacion cada uno de los reinos en que se hallaba dividida la Grecia; i sus decisiones sobre asuntos relijiosos i políticos se grababan en las columnas del santuario.

La union estaba, pues, realizada; pero faltaba algo que la hiciera mas sólida, i ese algo debia ser sangre mezclada en el campo de batalla, i derramada por una causa comun. El robo de la hermosa Elena i varias otras ofensas, dieron motivo a Agamenon para convocar contra Troya a los jefes de las ciudades griegas: el llamamiento fué oido, i doscientos bajeles reunidos en Aulide se lanzaron sobre el Asia. Allí iban Ulises, Néstor, Aquiles, Ajax, Idomeneo i otros célebres capitanes. Vosotros sabeis mui bien las circunstancias i el fin de esa guerra, de la cual, parte cuenta la historia, i parte se halla envuelta en el manto de la ficcion i de la fábula.

Poco despues nos muestra la tradicion un ciego i anciano recorriendo las ciudades de Grecia i cantando al son de la lira las glorias de los vencedores de Troya. Los cantos fueron repetidos con orgullo por todos los helenos, i la gloria de ser patria del cantor se disputó por siete ciudades.

La Grecia acabó con esto de formarse. ¡Grandes i sublimes debian ser los destinos de una nacion nacida así a la sombra de un templo, vigorizada en la mas célebre de las guerras i arrullada despues, cuando descansaba sobre sus laureles, por el mas célebre de los poetas!

III

Tiempo es ya, señores, de que abandonando estas jeneralidades, necesarias sinembargo para el encadenamiento de las ideas, pasemos a asuntos mas positivos.

Dos tribus encontramos en Grecia que se alzan sobre las demas i que concentran en sí la historia del pais: los dorios i los jonios. Severos, aris-

tócratas los unos; voluptuosos, lijeros, demócratas los otros; aquellos forman a Esparta i estos a Aténas; célebres repúblicas, distintas por carácter, por hábitos i por tendencias, que ámbas alcanzaron alto renombre i tuvieron tambien triste caida. De una i otra me ocuparé, porque las enseñanzas que suministra su historia nos serán mui útiles para el estudio comparativo que vamos a hacer.

La historia de Esparta puede resumirse en estas palabras: disciplinada para la guerra, fué grande, poderosa i terrible miétras conservó su disciplina; perdida esta, lo perdió todo, porque perdió el arte de vencer. A ella puede aplicarse lo que Voltaire dice respecto de Cárlos XII i Pedro el Grande, cuando iban a batallar: "Cárlos tenia el titulo de Invencible, que un contratiempo podia arrebatarle; las naciones habian dado a Pedro el nombre de Grande, que una derrota no podia quitarle, puesto que no se lo debia a la victoria."

Licurgo, en efecto, no pensó en que la nacion que iba a formar con su lejislacion tuviera otro fin que guerrear, i por eso hizo allí del valor la primera i única virtud. El hombre en Esparta no tenia nada suyo, ni su propiedad, ni su intelijencia, ni aun su misma sensibilidad: todo era de la Patria, madre insensible que se alimentaba de sus propios hijos. El recién nacido, si venia al mundo con algun defecto fisico que lo hiciera inhábil para la guerra, era arrojado desde el Tajeto. ¡Cuántos jenios que le estarán haciendo falta al mundo no serian así devueltos a Dios con mano impía, porque los mandaba en un cuerpo débil o contrahecho! Si el niño resultaba bien configurado, lo colocaban desnudo en el frio escudo de su padre, al lado de las armas: se le acostumbraba en sus primeros años a toda clase de privaciones: debia ser insensible al dolor: se le arrancaba del hogar doméstico cuando empezaba a tener uso de razon, para ahogar en su pecho el dulce amor de los padres; toda su educacion consistia en la lucha, en la carrera, en el manejo de las armas i en poder soportar toda clase de fatigas.

Los bienes eran comunes: los ciudadanos comian en comun, i estaban desterrados de la mesa los vinos i los manjares regalados: vestian un toscosay de lana, i dejaban crecer la barba i los cabellos. Allí no habia nada que hablara al espíritu: la música, la poesia, la pintura i demas bellas artes eran miradas con desprecio, como indignas de hombres libres; se huia del trato de las mujeres hasta la edad de contraer matrimonio, i aun los casados no podian despues llevar vida comun.

La familia, cuna i sosten de la sociedad, no existia: ya hemos visto que los hijos eran arrancados del seno del hogar para ser educados en comun: los esposos no se reunian para consolarse, para estimularse, para comunicarse sus temores o sus esperanzas; porque el amor puro, santo i espiritual que ha formado nuestros corazones, no existia en Esparta i se miraba como una debilidad.

Qué mas? La mujer, ideal de delicadeza, de pudor, de sensibilidad, no era allí sino un soldado vulgar. Soltera, se la obligaba a luchar desnuda en los juegos públicos i a aspirar al premio concedido a la agilidad en la carrera; madre, se la obligaba a arrancar de su pecho el amor de los hijos; se la obligaba a dar gracias a los dioses cuando aquellos morian en defensa de la patria; se la obligaba a matarlos cuando eran cobardes o traidores.

¿Qué de extraño tiene, pues, que ese pueblo, que en realidad no era sino un campamento, venciera i arruinara la Mesenia, hiciera frente con trescientos batalladores al ejército de Jerjes, humillara i aniquilara a Aténas, su rival? Mucho mas pudo haber hecho.

Pero una sociedad como esa, enteramente artificial, que contrariaba todos los sentimientos humanos, que era diametralmente opuesta al fin de toda institucion política, no podia durar mucho tiempo: la naturaleza comprimida debia abrirse paso, i la reaccion, en cumplimiento de una lei física i moral, debia ser igual a la accion. Oigamos a un célebre historiador cómo nos pinta la situacion de Esparta 400 años despues:

“Los espartanos habian perdido la primacia i las costumbres; ya no asistian a los frugales banquetes comunes, o se contentaban con probar algun plato; i miéntras que ántes no habia sino bancos de madera, en los que se sentaban una vez sola durante la comida, a la sazón alfombras i cojines adornaban los triclinios, i esos de tan diversos tejidos, recamados tan ricamente, que los convidados no se atrevian ni aun a apoyar en ellos el codo; a lo cual se agregaban el lujo en los vasos, la multitud de manjares, los perfumes, los vinos i pomposos festejos.”

La hora de la decadencia habia llegado, i el 8 de julio de 371 (ántes de C.) alumbró el sol por última vez las glorias de Esparta: ese dia veinticincomil espartanos i aliados fueron desastrosamente derrotados en Leuctra por seismil tebanos al mando de Epaminóndas.

Con aquella jornada terminó Esparta para siempre su existencia política, no dejando en pos de sí sino el recuerdo de sus hazañas, contadas por extranjerías plumas, i severas lecciones para las sociedades futuras.

Empero, señores, esas severas lecciones han tratado de olvidarse; i, cosa extraña! en el siglo XIX, cuando ya parece que deberian estar claras las ventajas de la civilizacion cristiana, las doctrinas sansimonistas, furrieristas i proudonianas han intentado e intentan todavía hacer retrogradar la humanidad el camino de veinticinco siglos, i obligarla a emprender esa larga, cruenta i dolorosa peregrinacion.

IV

Llegamos ya, señores, a Aténas, la tierra de la libertad, la tierra de los guerreros, de los políticos, de los poetas, de los oradores, de los artistas.

Veremos pasar como por encanto sus glorias i sus trofeos, sus crímenes i sus desastres; veremos la jóven desposada llena de juventud i lozanía con sus velos blancos, i veremos en pos la mujer gastada por los vicios envuelta en el sudario de la tumba.

Doce tribus o ciudades distintas se encontraban en la pequeñísima porcion de Grecia llamada el Ática, que vinieron a reunirse en una confederacion por los esfuerzos de Teseo, diez siglos ántes de la era cristiana.

Aténas no fué al principio ni república ni democracia. El pueblo se vió dividido por su jefe en tres clases: patricios, agricultores i artesanos, sin contar los esclavos ni los extranjeros, que en ninguna de las repúblicas antiguas se reputaban ciudadanos. El número de los hombres libres era, segun los cálculos mas acertados, de 84,000; el de extranjeros, 48,000, i el de los esclavos 400,000: cifra esta última que causa asombro i que indica el cáncer que corroía las entrañas de esta nacion desde el principio de su vida política.

La monarquía no duró mucho tiempo en Atenas, cuyo carácter i tendencias eran mui opuestas a esa institucion. Los sucesores de Teseo abusaron de su poder en contra del pueblo; i cuando siglo i medio despues de constituida la nacion murió Codro en la primera guerra contra los dorios, el pueblo aprovechó la ocasion para destruir la reyedad, nombrando Arcontes que fuesen responsables ante el pueblo i ante el Senado. Estos Arcontes eran al principio elejidos de por vida; pero el pueblo, impetuoso en el camino que habia tomado, creyó despues mas conveniente que fuesen decenales; mas tarde, que se nombrasen cada año, i que ya no fuese uno sino nueve, creyendo con esto darse mas garantías contra el abuso.

La clasificacion en patricios i plebeyos produjo bien pronto su resultado natural. Los patricios oprimieron a los plebeyos; estos resistieron, i la anarquía no se hizo esperar. Entónces todos, de comun acuerdo, guiados por el instinto de conservacion, llamaron a Dracon para que les diera leyes. La lejislacion que este dictó, terriblemente severa, hasta el punto de imponer la pena de muerte por el mas leve delito, era mas bien una lejislacion criminal que política. Para preparar esta se llamó despues a Solon, patricio distinguido, amigo del pueblo, benévolo i de suaves sentimientos.

Solon abolió las leyes oligárquicas de Dracon; canceló las deudas de los pobres, motivo principal de queja de estos contra los patricios; hizo una nueva division del pueblo, i sujetó los Arcontes a la inspeccion de una asamblea jeneral, compuesta de cuatrocientos ciudadanos elejidos a la suerte.

El pueblo siguió rápidamente en el camino de la libertad, i cuando se restableció con Pisítrato la monarquía para caer poco despues en sus descendientes Hiparco e Hipias, Atenas era una verdadera democracia: la division de castas se habia abolido, i todos podian ser elejidos Arcontes,

privilegio ántes de los patricios; los majistrados inferiores eran elejidos a la suerte de entre el pueblo; este confirmaba las leyes del Senado; deliberaba acerca de los negocios de interes jeneral i juzgaba los procesos públicos en calidad de jurados en los tribunales que se reunian cada ocho dias.

Tal se nos presenta Aténas en su constitucion interior: habia llegado al colmo de sus aspiraciones en materia de libertad, sin grandes esfuerzos, sin las luchas tenaces i sangrientas sostenidas por otros paises con tal objeto. Ahora la seguiremos rápidamente en la nueva época de su vida; vida de combates, de glorias, de desastres i alternativas. Modesta jóven, sale de su casa para lanzarse en el mundo a jugar, en él, al azar de los acontecimientos, su hermosura i su honor.

Darío, Rei de Persia, siguiendo el pensamiento de sus antecesores, hizo de la Jonia una satrapía de su imperio, con intenciones de deparar la misma suerte al resto de la Grecia. Pero Aristágoras, valeroso jóven, llama a la rebelion a sus compatriotas oprimidos; arroja del suelo jonio a los señores extranjeros i pide auxilios a las demas ciudades libres de la Grecia. Aténas no podia ser indiferente a este llamamiento: despacha sus naves i toma e incendia a Sardis en Lidia; pero sorprendidos poco despues sus soldados, son derrotados con grande carnicería, i Darío devasta impunemente la Jonia i muchas de las islas i ciudades de los helenos.

Cinco años despues los persas se presentan en Grecia a vengar el incendio de Sardis; se apoderan de Eubea, i con un ejército mui numeroso se presentan delante de Aténas. Esta pide auxilios a los aliados, pero los auxilios no llegan; i en tal virtud, sola, se lanza con diez mil hombres capitaneados por Milciades al encuentro del enemigo; lo derrota en Maraton i la Grecia queda salva.

Por tercera vez intenta la Persia sojuzgar a los griegos; i en esta ocasion la acometida es mas terrible que nunca. Dos millones de soldados, infantes i caballos, de cincuenta i seis pueblos diversos, vestidos con los mas suntuosos i elegantes atavíos, armados con toda clase de armas i perfectamente equipados, pasan el puente echado entre Setos i Ábidos i se presentan en Grecia.

Pero ¿de qué podia valer, señores, esa gran masa, sin disciplina, sin entusiasmo, salida de los serrallos, acompañada de una turba de mujeres, eunucos, cómicos i bailarines, empujada a latigazos a la conquista de un pueblo jóven, valeroso i amante de su libertad?

Esparta os ha dado ya la respuesta, mostrándoos la inscripcion que puso sobre el desfiladero de las Termópilas: "Han cumplido su deber." Aténas os lo dará tambien mostrándoos las aguas de Salamina i de Micalé i el campo de Platea, en que abatió el orgullo de Jerjes i cerró para siempre a los persas el camino de Occidente.

En esta guerra célebre por tantos titulos, Aténas habia llevado la

mejor parte: las tres batallas decisivas habian sido dadas por ella; los capitanes que recojieron mas gloria, Temístocles, Aristídes, Jántipo, eran atenienses; las escuadras que lucharon en Salamina i en Micale i que representaban el poder marítimo de Grecia, eran atenienses; la iniciativa, el espíritu de la guerra, habia partido de Aténas. Todo esto contribuyó a darle la primacía sobre las demas repúblicas aliadas, con gran despecho de la orgullosa Esparta, que miraba siempre con concentrado odio a su rival.

Los sesenta años que mediaron entre la terminacion de la guerra meda i el principio de la guerra del Peloponeso, fueron para Aténas la época mas brillante de su vida. Salvada del gran peligro que amenazó a su existencia, se entregó al regocijo, al cultivo de las artes, de las ciencias, de la poesía, de todo cuanto podia halagar su vanidad i su carácter inconstante i voluptuoso. La ciudad fué reedificada; se levantó el teatro de Baco, que podia contener hasta trescientos mil espectadores, el Partenon, el Odeon i el vestibulo de los Propileos; los caminos se cubrieron de mármoles, columnas e inscripciones; la ciudad se llenó de estatuas, de pinturas, esculturas, baños, paseos, jardines. Fué la época de Demóstenes, de Platon, de Sócrates, de Simon, de Pericles, que dió el nombre a su siglo; de Sófoles, de Esquilo, de Eurípides, de Aristófanes, de Tucídides, de Fidias i de Apéles.

Difícil, por no decir imposible, será encontrar otra época en la historia del mundo de mas cultura intelectual, de mas orijinalidad, de mas gusto, de mas refinamiento. Baste decir que las obras de escultura, de arquitectura, las producciones de los poetas e historiadores son el tormento de los ingenios del dia.

Fijemos la atencion en esa gran ciudad, devorémosla con la vista, abarquemos sus permenores como lo hacen los niños con las bellas pinturas que les presentan por el estereóscopo, seguros de que son pocos los segundos de que pueden disponer. Esos segundos han concluido para nosotros, i ya es tiempo, señores, de que yo aparte de vuestra vista tan halagüeño cuadro i os llame a contemplar otro que nos muestra a Aténas marchando rápidamente por el camino de la decadencia.

No era posible que dos repúblicas como Aténas i Esparta, diferentes por costumbres i por política, ámbas orgullosas, que aspiraban a la dominacion, conservasen por mucho tiempo la armonía. Esparta no podia llevar con paciencia las glorias de Aténas ni su grande prosperidad, i juraba en silencio su ruina i su humillacion; Aténas, en medio del regocijo i del placer, se veia a menudo turbada por la actitud severa i amenazante de su contraria.

Tal situacion era insostenible: uno de los dos pueblos debia perecer para que el otro mandase i gozase; ámbos lo comprendian así i se prepararon a la lucha, concentrando sus recursos i resueltos a jugar el todo con

el todo. De aquí resultó, señores, aquella guerra desastrosa llamada del Peloponeso, que duró veinte i siete años, que segó la valerosa juventud de ámbas naciones, dirigida de una i otra parte por los mas hábiles i valientes capitanes i que despues de mil alternativas dió a Esparta el triunfo definitivo. Aténas se vió obligada a abrir sus puertas al enemigo i a firmar las mas duras i humillantes capitulaciones; entre ellas, que demoleria sus murallas, que seguiria a Esparta en toda guerra, que abandonaria sus pretensiones de dominacion, i que renegaria de su gobierno democrático para recibir el que el vencedor quisiese imponerle.

Así cayó Aténas de la cima de su grandeza; i si entónces quedaba humillada a los pies de una república griega, con quien habia compartido en un tiempo sus penas i sus glorias, poco despues habria de postrarse a las plantas de un extranjero, que no solo debia quitarle a ella el último resto de libertad, sino tambien a todas sus hermanas por la sangre i por los principios políticos.

Hagamos ahora algunas observaciones sobre las causas que produjeran tan lamentable resultado.

A despecho de los que creen que la gran masa de una nacion es por sí sola capaz de lanzarse en un momento dado, rompiendo viejas tradiciones i arraigados hábitos, por una nueva via que la lleve a la consecucion de grandes fines, creo poder establecer aquí, apoyado en la historia, que tal ha sido i será siempre en su oríjen la obra de lo que el mundo llama jenios. Solo a ciertos hombres les es dado concentrar en sí mismos las ideas de su época, levantarse sobre el pueblo, comprendiendo sus actuales necesidades; reunir los recursos dispersos, fijar su atencion en un punto i lanzarlo con la palabra, con las leyes o con la espada en el camino que ellos solos ven abierto. Todas las grandes revoluciones políticas, morales, científicas o literarias han partido de una cabeza, que durante muchos años estuvo dominada de un pensamiento, hasta que al fin logra darle forma i precision, e imprimirle el prestigio del jenio. La fuerza es i ha sido el privilegio de las multitudes; pero la iniciativa, la prevision, la concepcion atrevida, el impulso enérgico, son i serán siempre el privilegio de uno que otro mortal que Dios envía de cuando en cuando para la realizacion de sus grandes designios. Negar esto, es negar la luz del dia, es negar la historia, es pasar la esponja empapada en la hiel de la envidia sobre el cuadro que guarda las glorias de los hombres grandes.

Queramos, pues, o no, tenemos que convenir en que todas las naciones que por algun camino se han hecho célebres, han sido guiadas i educadas a impulso de algun caudillo, guerrero, lejislador, poeta o sabio. Vimos ya, señores, que Esparta se organizó en el cerebro de Licurgo i que conservó todas las ventajas e imperfecciones de aquel hombre. Aténas reflejó igualmente en sus instituciones el carácter de Solon, su lejislador.

dor; i la pérdida de ese carácter, señal clara del abandono de las antiguas costumbres, fué su ruina.

Solon, unido á la clase aristocrática por la nobleza de su sangre, i unido al pueblo por su profesion i por la justicia de sus sentimientos, era el hombre llamado a hermanar en Atenas la autoridad con la libertad. Conocedor del carácter impetuoso de ese pueblo, era el que debia enseñarle a dominarse a sí mismo para que no cayese en la anarquía i en el despotismo; conocedor del odio que separaba a los patricios de los plebeyos, odio que previó habia de producir despues funestos resultados, i siendo igualmente simpático a los unos i a los otros, debia enseñarlos a respetarse mutuamente i a encontrar en la lei un vínculo i una bandera.

Solon hizo todo esto: libertó al pueblo de la tiranía de los patricios i le dió en el gobierno la participacion que era necesaria para educar el espíritu público i tener a raya la oligarquía; le dió el poder de contribuir a la formacion de las leyes; pero creó tambien el Areópago como cuerpo conservador de las costumbres i freno para los arrebatos populares. Opu-so a la movilidad, la lijereza, la fuerza del primero, la respetabilidad, la madurez i la experiencia del segundo; i la historia atestigua cuán sábiamente procedia cuando así obraba.

Pero ese órden no debia durar mucho tiempo. Los falsos amigos del pueblo, que en realidad no lo son sino de sí mismos; los demagogos, que saben esplotar la candidez de las masas para alzarse sobre el pedestal formado de sus despojos, vinieron a romper en Atenas todas las tradiciones i todos los frenos. Aristídes i Pericles, declarando que el pueblo no tenia ninguna valla que respetar, que todos los miembros de él eran aptos para todos los destinos; poniendo sueldo a los desocupados que ocurrían al foro, a la tribuna, a las plazas públicas a aplaudir a los oradores, a votar las leyes, a condenar sin fórmula ninguna a las personas que por cualquier motivo les fueran antipáticas; fomentando la ociosidad; difundiendo con el infamante cohecho el lujo i las artes orientales; tales amigos hicieron mas daño al pueblo que los mas bárbaros de los déspotas, que en realidad solo consiguen con su opresion hacer mas vivo i enérgico el sentimiento de la libertad.

El pueblo entónces, sin tener una clase de quién recelarse ni a quién respetar, se entregó lleno de confianza al lujo i a los deleites. Ambiciosos de talento i de gran sagacidad lo ataban entre tanto con cadenas de oro, lo vendaban con franjas de seda; i cuando ménos lo pensó, estaba bajo la planta de Pericles o de Alcibiades, que lo lanzaban como rebaño de corderos a los campos del Peloponeso, a ser segados allí sin gloria i sin beneficio.

Empero, no impunemente se corrompe al pueblo, i los corruptores son casi siempre las primeras víctimas: Aristídes, llamado el justo, fué condenado al ostracismo por las artes de su rival Temístocles; este perdió

a su turno la gracia del voluble soberano, i fué desterrado, confiscándosele sus enormes riquezas. Cimón, a pesar de su rectitud i de sus servicios, fué depuesto i condenado; i lo fueron tambien Pericles i Alcibiades.

Un pueblo así, señores, veleidoso e inconstante, en que la corrupcion habia llegado a un punto de que no puedo hablar aquí por el respeto que debo a mi auditorio; que no contaba con la salvadora institucion de la familia; que llevaba en su seno el cáncer de la esclavitud, i qué esclavitud! que huía del trabajo como de cosa degradante; que fincaba toda su gloria i sus aspiraciones en el placer; que condenaba a beber la cicuta al que le hablaba de Dios, de vida futura; un pueblo así no podia ni debia vivir. Su desaparicion fué tan natural como lo es la de una fruta podrida, que se desprende del árbol que le dió vida.

V

No me detendré, señores, a hablaros de la República romana, porque los límites de este discurso no me lo permiten. Pero sí debo haceros notar la completa semejanza que guarda con la ateniense en su prosperidad i en su caída.

Roma, nacida a la sombra de la monarquía, arroja como Aténas, tan pronto como se siente con fuerzas, la reyesdad i proclama la República; dividida igualmente en patricios i plebeyos, se traba la lucha entre unos i otros, i despues de muchos años de triunfos parciales, los últimos adquieren un verdadero predominio: la República, cuando los ciudadanos son laboriosos i abnegados, de costumbres severas, adquiere grandes triunfos: vence a Cartago, derrota los cimbro, conquista las Galias, la Jernania, la España, &c.^a; tiene un gobierno en que el pueblo discute, vota, lejisla, impone su voluntad. Roma llega a ser una gran nacion, la mas grande tal vez de las que han pasado por sobre el haz de la tierra: guerrera i conquistadora, libre i heroica hasta el sacrificio; sobresaliente en las letras, las artes, la jurisprudencia; emprendedora i perseverante en sus designios.

Empero, voluptuosa i de rica imajinacion, de pasiones ardientes, es sorprendida fácilmente por ambiciosos i aduladores, que la comprometen en una larga serie de guerras civiles, hasta que, desangrada, corrompida, se tiende a los piés de Augusto, a buscar allí, libre de las cargas del gobierno, en medio de los perfumes i de los placeres del anfiteatro, la calma i el descanso que preceden siempre a la muerte de los pueblos.

Ese Senado romano del tiempo de la República, que Cincas tomó por una Asamblea de reyes, que no se ocupaba sino en asuntos de interes jeneral, llega a ser convocado por uno de los Césares para decidir en qué vasija se debería cocer un rodaballo; i el Consulado, recuerdo de los hermosos dias de la República, se degrada i envilece de tal modo, que Ca-

lígula hace nombrar por el Senado Cónsul a su caballo asociado a un ciudadano.

Pretender pintar el cuadro de la corrupcion de Roma en el tiempo de Augusto i sus sucesores, es tarea superior a mis fuerzas. Muchos volúmenes se han escrito sobre esto, i lo que en ellos se lee causa espanto, degrada la humanidad i desconsuela el corazon: creo por lo tanto que haré bien en evitaros tan repugnante espectáculo.

Pero Roma debia rejenerarse.

¿I cuál seria el hombre capaz de detener a ese coloso i al mundo que arrastraba en pos en el borde del precipicio? ¿Qué fuerza podria contrarrestar las fuerzas reunidas de la sensualidad, la avaricia, la ambicion i todos los demas vicios i pasiones que timoneaban entónces el bajel de la humanidad?

Vosotros mui bien sabeis cuál fué esa fuerza; fuerza tan poderosa que hizo jirar al mundo en sentido contrario del que hasta entónces habia seguido; que cambió radicalmente todas las doctrinas morales, políticas i sociales recibidas como infalibles; que humilló al hombre hasta el polvo i lo elevó sobre el nivel de los ánjeles.

La revolucion cristiana vino, ademas, a resolver los grandes problemas con que se estrellaron los pueblos que caen del otro lado de la cruz, valiéndome de la expresion de Donoso Cortés. Las sociedades antiguas estaban, por ejemplo, en este dilema: o la soberanía está en el pueblo, i entónces todo lo que él haga es justo, pudiendo aniquilar i ahogar con su peso al individuo, arrebatiéndole su vida, su propiedad, su honor; o tiene su asiento en un individuo o en una clase privilegiada, i entónces es preciso al pueblo admitir, sin apelacion i sin recurso, la tiranía del caprichoso o corrompido déspota que la suerte quiera depararle. Aquí vino Cristo a señalar el camino, diciendo: “ El derecho i el deber no son creaciones del hombre; tienen un oríjen superior, i por tanto deben ser respetados por el que manda como por el que obedece, por el fuerte como por el débil. Toda violacion del derecho es un crimen i debe rechazarse, sea cometida por el pueblo todo o por la persona o personas encargadas de la cosa pública. No hai mas soberanía que la de la justicia; queda abolida para siempre la tiranía del número, que no es sino la lei de los bosques i de las fieras. El individuo no tendrá ya encima el enorme peso de la sociedad, i con el derecho en la mano podrá resistir todo ataque, venga de donde viniere. En suma, la sociedad debe obedecer al gobierno, porque es condicion indispensable de su existencia; pero el gobierno no puede oprimir la sociedad, porque trastorna completamente el objeto de su institucion.”

¿No se os aclaran, señores, los horizontes enántes tan oscuros? ¿no apreciáis ahora la libertad en todo lo que vale i significa con esta doctrina? Ah! i a qué grado de esplendor i de grandeza no hubieran llegado las

repúblicas de Grecia i Roma, si de ellas hubiera sido conocida i si hubieran tenido la virtud bastante para aceptarla i practicarla!

I no ha sido este solo el servicio prestado por el cristianismo a la causa de la libertad, i si se quiere, de la República. Con sus dogmas queda abolida la esclavitud: la familia, base del orden político, se organiza sobre sólidos cimientos: el hombre recobra su dignidad perdida; sabe que tiene que ser libre i que no puede enajenar su libertad, porque le ha sido dada para fines nobles i grandes; i sabe, por lo mismo, que tiene que respetar en su hermano esos derechos de que él no puede desprenderse ni puede dejárselos arrebatar. Así sí se comprende la sociedad, así se puede establecer la República!

Ya hemos visto cómo se purificó e ilustró el mundo de las ideas i de las conciencias: veamos ahora cómo se rejenó el mundo material, porque esos dos hechos debian ser correlativos. No era de ninguna manera posible que la nueva civilizacion cristiana viniera a sentarse sobre los andamios levantados por la civilizacion pagana: no era posible que el soberano que venia anunciando la paz, la caridad, la templanza, colocara su trono en el palacio de Neron o de Heliogábalo, en el circo de los gladiadores o en el templo de Vénus. Todo debia caer, ser arrasado: la envilecida raza romana debia ser reanimada con nueva sangre para que fuera digna de la nueva doctrina i pudiera llevarla a sus naturales consecuencias.

Entónces vinieron los bárbaros, esos enjambres de guerreros salvajes, que Dios habia ido amontonando poco a poco en los aldeaños del norte de la Europa, para quienes despues fué estrecho el continente conquistado. Cuando llegó la hora convenida i sonó el ¡hurra! de sus capitanes, se desprendieron como inmensa avalancha, sobre las verdes campiñas del mediodia. Al principio todo fué ruina i devastacion: despues los mismos bárbaros doblaron el cuello a la suave coyunda del cristianismo, i en el seno de lo que se ha llamado la Edad Média, conjunto de barbarie i de civilizacion, de odio i amor, de espiritualismo i ferocidad, se elaboró el mundo moderno con todos los recursos i elementos que hoi cuenta.

VI

Uno de los paises meridionales que mas llamó la atencion de los bárbaros conquistadores fué la Italia: i ¿cómo habria de ser de otro modo? Italia con su hermoso cielo, su delicioso clima, sus fértiles campiñas, sus exquisitos vinos, era presa mui codiciable para jentes que venian en pos del regalo, del descanso i la abundancia. Así se vió por cinco siglos talada i disputada alternativamente por los éruos, los ostrogodos, los lombardos i los francos; i aun cuando por un momento pareció entrar con otros paises en una nueva civilizacion bajo el robusto cetro de Carlo Magno, la

prematura muerte de este gran príncipe la volvió a dejar presa de las hordas bárbaras, ya sin cohesión i sin punto de enlace.

Italia, al perder su independencia como nación, concentró su libertad, su vida política en el recinto de las ciudades, i estas, independientes unas de otras, fueron haciéndose fuertes por el comercio i la industria, al amparo de sus instituciones municipales. De aquí salió, señores, aquella brillante constelacion de repúblicas llamadas de la Edad Média, tan heroicas, tan ricas al principio en virtudes públicas i también tan desgraciadas.

Italia comprendió bien pronto que, así dividida en ciudades, por mas fuerte que fuera en ellas el sentimiento de la libertad, no podría resistir la fuerza de los emperadores de Alemania, sus amos i sus verdugos. La idea de la asociación cundió rápidamente, i a ella debió Italia por entónces su independencia. La liga lombarda i las que a imitación de ella se formaron, le dió fuerza para resistir a Federico Barbaroja i arrancarle al fin en la paz de Constanza el reconocimiento de los derechos de sus súbditos.

Empero, si bien esa liga fué bastante para el objeto que se proponía, descuidó el porvenir i perdió la ocasión de formar para siempre de la Italia una nación grande i respetable. Ella necesitaba un gobierno que siendo central para lo jeneral, dejara libre la fuerza i los recursos municipales: necesitaba a Milan por capital, ejércitos, fondos comunes, instituciones homogéneas; i nada de eso se consiguió. En el entusiasmo de la victoria, cuando todos veían claro los beneficios de la unión, habría sido muy fácil verificarla, disipando las rivalidades locales; pero faltó prevision a los hombres políticos, i la liga no alteró en nada la naturaleza interior de las repúblicas. Cada una de ellas se organizó como le plugo: cada una repartía contribuciones, declaraba la paz o la guerra: los antiguos estorbos no se removieron: en una república gobernaba la nobleza, en otra el pueblo, i en otra un señor feudal.

Por supuesto, cuando el peligro común desapareció, cuando ya se había secado la sangre derramada en comun en lucha con el extranjero, las antiguas rivalidades revivieron i las hermanas se declararon una guerra encarnizada i continua. Se vió entónces a Milan en lucha con Novara i Lodi, a Cremona con Crema, a Pavía con Tortona, a Génova con Pisa i con Florencia.

Pero no pararon ahí las desgracias: el gobierno de las repúblicas vino a poder de los tiranuelos mas vulgares, muchos de los cuales no duraban un día, cayendo al filo del puñal o en las contorsiones del veneno. Se abandonó el comercio, la industria, la agricultura, i no hubo pescador, zapatero i verdulero que no quisiera hacerse caudillo i enriquecerse con el despojo de los vencidos. Una turba de miserables sitiaba los caminos del gobierno, pidiendo, con puñal en mano, destinos para satisfacer sus vicios. ¿Qué

de extraño tiene, pues, que Milan, que hizo un esfuerzo para volver a fundar el gobierno republicano, llamara de nuevo a sus tiranos, prefiriendo estos a los que se decian partidarios del pueblo?

Los hombres honrados, los ciudadanos de conocimientos, los de buenas costumbres i recursos, en vez de tratar entónces de contener el desórden poniéndose de frente a las turbas e invocando los nombres de justicia, patria i honor, hurtaron el cuerpo i dejaron el pais en mano de sus verdugos i explotadores. Razon tenia Dracon en condenar a muerte en su República a los que tal conducta observaran, porque tan criminales son los promovedores del desórden, como los que pudiendo contenerlo, le vuelven la espalda.

Tales acontecimientos debian llevar necesariamente a la ruina las repúblicas: unas en pos de otras, mas o ménos tarde, fueron cayendo en poder de los españoles, de los Médicis o de los franceses: desde Florencia, la de severas costumbres exaltadas por el Tasso, i Milan i Pavía, las dadas a la jurisprudencia i la gaya ciencia, hasta Venecia, la señora del Adriático, la soberana de los mares, la reina del Carnaval; todas desaparecieron tristemente.

Hoi, vosotros sabeis cuál es su suerte: mercancías que se reparten los soberanos de Europa siempre que lo tienen por conveniente; mas divididas que nunca; luchando con la miseria i ajitadas por demagogos sanguinarios, sin principios i sin convicciones.

VII

Pocos dias despues del 30 de enero de 1649, en que el pueblo inglés contemplaba consternado en Whitehall la ejecucion de Cárlos I, se proclamaba la República i se grababa esta inscripcion: "Año I de la libertad, restaurada por la bendicion de Dios."

Cromwell tomó el título de Protector, i sus primeros pasos tendieron a aniquilar la Irlanda, que se oponia a sus proyectos, a exterminar su raza para sustituirla con otra; i puede decirse que casi lo consiguió: confiscó todas las propiedades i las distribuyó entre los señores ingleses que habian tomado parte en la guerra: ordenó que se matase sin excepcion todo irlandes que habitara en Inglaterra: se les perseguia en los bosques como se persiguen las fieras. Baste decir que en extensas comarcas, ántes pobladas, no se encontraba despues un solo habitante, i que hubo ciudad en que, una vez tomada, no se perdonó la vida sino a treinta personas para ser condenadas a trabajos forzados. Mas de sesenta mil irlandeses fueron vendidos como esclavos en América o enganchados en los ejércitos extranjeros; i mas de seis mil niños i niñas arrancados del regazo de sus madres para ser trasladados a Jamaica. Los pormenores de esa guerra causan

espanto, i al leerlos, cree uno estar en los tiempos de la bárbara jentilidad oyendo el *vae victis!* lanzado sobre Cartago i sobre Sagunto, mas bien que estudiando el modo de hacer la guerra un pueblo civilizado, que invocaba el cristianismo como norma de sus acciones. Hoi, hai que hacer justicia, despues de trescientos años de dura servidumbre, la Inglaterra ha dado a la pobre Irlanda i a la humanidad entera, parte de la reparacion que era debida. La justicia llega a veces tarde, pero llega!

Quedaba todavía a Cromwell una fuerte oposicion de los calvinistas de Escocia, que resolvieron reconocer por Rei a Cárlos II. Les declaró la guerra, los venció i reunió el pais subyugado a la República inglesa.

Entónces pensó seriamente en ponerse en lugar del Rei que habia quitado, se granjeó con artificios e hipocresía la voluntad de los partidos anglicano i calvinista, se ganó el ejército i el Parlamento, disolvió a este i gobernó en lo sucesivo como un verdadero déspota, segun se lo permitia un simulacro de constitucion que él mismo se habia hecho preparar por un consejo militar formado de sus parciales. Tan cierto es que se le reputaba un verdadero Rei, que a su muerte el Consejo de Estado nombró heredero en el gobierno a su hijo Ricardo, con todas las ceremonias acostumbradas para tales casos con los príncipes.

La idea de la República no habia calado en el pueblo inglés, que arraigado a sus tradiciones, cuando le habia pasado un poco la fiebre, vió venir la monarquía, restaurada por Monk, no solo como un acontecimiento natural, sino plausible.

Al contrario de la República francesa, con la cual sinembargo tiene muchos puntos de semejanza, la inglesa pasó sin dejar huella profunda. La razon es porque en Inglaterra la revolucion no partió del pueblo, sino del Parlamento para conservar sus privilejios; i la República solo apareció en un momento de vértigo i de fanatismo, que debia pasar pronto. Nada nuevo resultó de ese movimiento político; en nada se modificó la vida social ni los caractéres del pueblo i de la nobleza; solo se consiguió afirmar en adelante, de un modo indestructible, los grandes principios de la carta constituyente, que en mala hora habia echado en olvido el desgraciado Cárlos I.

VIII

El 5 de mayo de 1789 el pueblo de Paris, asombrado i meditabundo, veia desfilas a los diputados que debian formar los Estados jenerales, nombrados por cuatro millones de sufragios, i llamados a emprender las reformas de que tanto necesitaba la Francia.

Algo habia que animaba todos los espíritus, que calentaba todos los corazones: se sentia la necesidad de un cambio; pero casi nadie podia darse cuenta de lo que apetecia. Lo que sí sabian todos era que la situacion no

podia continuar como estaba: el pueblo, oprimido i esquilado, tenia necesidad de garantías i de respeto: la nobleza francesa, corrompida, muelle i orgullosa, debia ser escarmentada: la Corte de Luis XIV i de Luis XV, de los principes de Orleans i de Rohan, la Corte de la Pompadour, de la Ninon i de la Barri, debian un desagravio a la Francia i al mundo entero; al clero mismo, olvidado de su nobilísimo encargo, debia hacérsele un recuerdo.

Ah! i cuánto patriotismo, cuánta moderacion i cuánto tino no se necesitaban para llevar a cabo pacíficamente esa gran revolucion social i política!

En el recinto de la Asamblea estaban representados todos los partidos, todas las aspiraciones: el clero, la nobleza, el estado llano; allí habia diputados exaltados de todos los matices: nobles pedantes i fatuos, demagogos atrevidos, ateos, materialistas i creyentes intolerantes.

Allí, pues, en medio de esa confusa amalgama; en medio del pueblo que rujia, silbaba, aplaudia locamente; en medio de las arengas del apasionado, voluble i elocuentísimo Mirabeau; en medio del clamor de los clubs i los discursos de Camilo Desmoulins i Robespierre; en medio del ruido producido por la toma de la Bastilla, se preparó la célebre Constitucion de 89, i se proclamaron lo que se llamó derechos del hombre.

Nada mas noble i nada mas grande en verdad que algunas de las disposiciones de esa Asamblea, que aprovecharon no solo a la Francia, sino a todas las naciones, extirpando arraigadísimos abusos, destruyendo las odiosas preeminencias de la nobleza, aliviando al pueblo de sus cargas.

Pero tambien es preciso confesar que llevada del espíritu de la época, del excesivo deseo de innovar, del odio a todo lo antiguo, cometió errores gravísimos que minaron su obra: hirió de muerte la propiedad confiscando los bienes del clero i de los emigrados; minó los fundamentos de la familia estableciendo el divorcio i destruyendo la patria potestad; arruinó el crédito con los asignados; hizo imposible la administracion pública, entregando al pueblo todos los nombramientos, hasta los de inmediatos agentes del Rei; estableció como fundamento de sus disposiciones que los derechos del individuo nacen de la soberanía popular (doctrina tiránica i opresora que hizo la ruina de Esparta i Aténas, como creo haberlo manifestado atras); quitó al pueblo el freno religioso, único que hace respetar el derecho ajeno; i destruyó la noción de la autoridad, con la cual se destruyó a sí misma.

Poco despues se reunió la Asamblea lejislativa, segun lo prevenido por la Constitucion; pero el pueblo, lanzado en el camino de la revolucion, azuzado en los clubs, enardecido por las feroces declamaciones de Marat, resolvió andar mas de prisa prescindiendo de ella; i al efecto, dirijido por Danton, Collot d'Herbois i Robespierre, dió el golpe del 10 de agosto para

hacer terminar de una vez la monarquía. La carnicería que en esa fecha i despues en el 2 de setiembre presencié Paris, seria bastante motivo para hacer renegar de la libertad a los que, poco instruidos, estuvieran dispuestos a atribuir a ella las faltas que cometen sus verdugos.

La guerra que el Austria i la Prusia declararon a la República, tanto por fines de política jeneral, como por interes particular, i la ejecucion cruel, injusta e ilegal de Luis XVI, acabaron de desbordar la revolucion.

Entónces empezó esa época tristemente célebre conocida con el nombre de Reinado del Terror, cuyos detalles parecen novelescos i obra de una imaginacion calenturienta. Aquello era espantoso, señores: se ametrallaban las poblaciones en masa, se guillotinaba sin descanso, en términos de llegar dia en que no se pudieron continuar las ejecuciones, porque la cuchilla no cortaba i los verdugos estaban rendidos: no se respetaban ni las gracias de la niñez, ni los encantos de la juventud, ni las canas de la ancianidad. No se exijian pruebas; bastaban denuncios anónimos, sospechas vagas para llevar a la guillotina familias enteras. Veinte hermosas jóvenes vestidas de blanco i coronadas de flores, fueron sacrificadas una vez por haber bailado con oficiales prusianos. Los mismos revolucionarios caian dia por dia bajo la cuchilla del verdugo: los jirondinos, los montañeses, los constitucionales, los fuldenses; Robespierre, Saint-Just, Danton, Henriot se destruian unos a otros, a falta de nobles, clérigos i vendeanos que matar. Algunas cifras me ahorrarán muchas palabras: el total de las personas que perecieron en la época del Terror, segun lo demuestra Alison en su historia de Europa, fué de 1.022,351, sin contar los asesinatos del 2 de setiembre, los de Versalles, la Abadía, Tolon, Marsella, la Glacière. ¡ cosa espantosa! en esa cifra monstruosa se cuentan 24.000 niños fusilados o ahogados.

Al fin Dios se apiadó de la humanidad i de Francia i mandó ese jenio sublime que, de victoria en victoria se colocó en un punto tan alto, que vió a sus pies confundidos los tronos i la revolucion. Cuando Napoleon, nombrado Cónsul, desechó a sus compañeros, la Francia comprendió que una nueva época se abria para ella; i mas tarde cuando el Cónsul se proclamó Emperador, llena de gozo lo saludaba i le decia: “ Bienvenido seas, déspota afortunado.”

Entónces se abrieron los templos, volvieron los emigrados, se restableció el crédito, i la confianza empezó a renacer. Napoleon, empero, habia concluido su destino, el de enfrenar la revolucion, como aquella habia ántes concluido el suyo; i despues, de error en error, fué a caer en Waterloo, para dar lugar a la Francia de hoi. El exámen de esos errores no entra ya en el plan de mi discurso, ni tampoco el de las Repúblicas del año de 30 i de 48, ahogadas en su cuna por el socialismo i la impiedad.

IX

Tiempo es ya, señores, de que descansemos de nuestra larga jornada, sentados a la sombra del árbol de la Patria. Oh! i cuán grato no es, despues de vagar por extranjerias tierras, presenciando crímenes, ruinas, monumentos soberbios, hechos heroicos, civilizaciones que caen i civilizaciones que se levantan, volver a ver el techo nativo, i la pajiza aldea, i el campanario de su iglesia! Os confieso, señores, que estoi poseido de una grande emocion.

Pero el que viaja debe a su vuelta comunicar a sus parientes i amigos el resultado de sus observaciones para lo que ellas puedan serles útiles. Yo tengo esa deuda para con vosotros, que sois mis amigos i mis hermanos; i con tanto mayor razon, cuanto que al principio de este discurso dejé planteadas algunas cuestiones para resolverlas en vista de los hechos que ofreciera la Historia. Creo haber hallado en primer lugar que la República no es una síntesis de gobierno, es decir, que tenga señales características; pues he encontrado repúblicas aristocráticas, democráticas, monárquicas i oligárquicas, con todos los matices i combinaciones; repúblicas libres i repúblicas esclavas. No basta, pues, decir de un país que tiene la forma republicana, para asegurar que está bien gobernado: es preciso examinar si ese gobierno consulta la verdadera libertad, la justicia i el derecho de todos.

Ahora me preguntareis: ¿i qué es lo que hace que una República sea feliz? ¿Son las empresas materiales, es el cultivo de las artes o de las ciencias, es la fuerza de las armas? I yo os contestaré, que ninguna cosa de esas hace la felicidad de una República. Roma con sus pasmosos edificios, sus acueductos, sus circos, sus lejiones i sus conquistas se hundió en el abismo; i se hundió Aténas con sus artes, sus poetas i su democracia; i Esparta con su valor i su severidad; i Venecia con sus riquezas; i Francia con sus ejércitos i con su rigor.

Para mí la forma republicana, tal como la concibo, es la mas difícil de plantear bien, porque exige el mas difícil i escaso de los elementos: la virtud; i esto constituye en teoría su mejor elogio. Decir a una nacion: "eres República," es decir a los ciudadanos de ella: "Debeis amaros como hermanos; el rico debe favorecer al pobre; el pobre debe respetar al rico; cada uno de vosotros debe desvelarse pensando en lo que conviene a la comunidad; debeis ser mui ilustrados para facilitar la accion del gobierno, para hacer el bien de vuestros hermanos i el vuestro propio; debeis trabajar constantemente i no pensar en vivir del trabajo de los demas; debeis respetar i sostener la autoridad, i esa autoridad debeis confiarla a personas virtuosas e inteligentes." Eso i mucho mas significa el plantamiento de la República. Pero decir como la Francia de 89: "Sois libres, soberanos,"

i no imponer la obligacion de respetar en los demas esa misma libertad; predicar derechos sin imponer deberes; suprimir el rigor de las penas i derribar el altar, predicando el materialismo; negar a Dios i poner en su lugar una entidad anónima llamada la soberanía popular; invocar el bien público i ordenar en su nombre asesinatos colectivos i odiosas confiscaciones; entonar himnos a la paz i llamar a la revolucion suprema, como ha predicado M. Victor Hugo; deprimir la autoridad i exigir obediencia; proclamar igualdad, enalteciendo el vicio i la ignorancia i humillando la ciencia i la virtud; hacer, señores, esas cosas, no es plantear la República, es apellidar la anarquía i el despotismo, que la sigue siempre; i a los que tal conducta observan, debería quitárseles la careta de amigos del pueblo i ponerles en su lugar la carlanca del presidiario.

Toca a nosotros hoy, en vista de las lecciones de la experiencia, contribuir a que Colombia sea una República, segun el significado que dan a esta palabra la razon i la justicia.

Aun cuando nuestro pueblo sea todavía ignorante, aun cuando las clases altas estén en lo jeneral dominadas por un criminal egoismo, aun cuando la pobreza haga que la empleomanía sea casi una necesidad, aun cuando el militarismo i la fuerza bruta suelen imperar, la tarea es mas fácil de lo que parece. Se cuenta para llevarla a cabo, en primer lugar con el carácter de las poblaciones, el mas suave, el mas honrado que pueda encontrarse; se cuenta con la riqueza del suelo i con la laboriosidad de sus habitantes; i se cuenta finalmente con una numerosa juventud, briosa, amiga de la ilustracion, aun no pervertida con las doctrinas sensuales i materialistas, que tanto se oponen a la República cuanto degradan el espíritu humano, anhelante por el progreso i educada en las santas creencias que nos han dado libertad i dignidad.

La guerra, triste patrimonio de las Repúblicas latinas, está probablemente desterrada ya de nuestro suelo. ¿I por qué en efecto habríamos de guerrear mas? ¿Existe acaso entre nosotros la esclavitud, hai alguna clase privilegiada que oprima la nacion i devore sus recursos, hai algun partido que no sea republicano? ¿Qué estandarte pudiera levantarse para una nueva lucha? ¿Qué causa, que no sea la independenciam nacional, mereceria que se le sacrificaran la tranquilidad de las familias, la moralidad i la riqueza públicas, la instruccion de la juventud?

Pidiera yo a Dios en este momento una voz que tuviera algo como el sonido del trueno, como la fuerza del rayo, como la dulzura de la música, para decir a todos mis compatriotas de un extremo a otro de la República: "nuestra causa es una, i los recursos para sostenerla deben ser unos tambien."

Yo bajo, pues, de esta tribuna haciendo votos por la República; pero por la República libre, industriosa i perseverante en la fe de sus padres; i

tambien por la buena marcha i larga vida de la Universidad nacional, destinada a dar a aquella dias de gloria i de ventura.

CÁRLOS MARTÍNEZ SILVA.

ESCUELA DE INJENIERIA.

SEÑORES:

Dos son las firmes columnas del gran templo de la verdad: la relijion i las matemáticas; la primera ante la cual el hombre se inclina con respeto, desde el orgulloso magnate hasta el humilde labriego, que ajitado aún por la rudeza del trabajo, llega a elevar sus oraciones hasta el trono de Dios; la segunda a cuya luz palidecen avergonzados los demas conocimientos humanos.

Hombres escojidos por Dios aparecen en el mundo, cual astros refuljentes que señalan la via de la verdad; sacerdotes del tabernáculo, en donde está encerrada la gran ciencia de las matemáticas.

Por medio de ellas, el hombre ha podido ceñirse la corona de rei de la naturaleza; por ellas no solo conoce lo que le rodea, sino tambien lo que está fuera de su alcance material.

Son el termómetro fiel del progreso de las naciones, i de ellas se sirven hasta los altivos salvajes que vagan libres en las desiertas pampas.

Jigantes como Euclides, Arquímedes, Pascal, Newton, son los encargados por el Sér Supremo para difundirlas en todas sus partes. Sobre las tumbas de esos grandes hombres no aparecen las enseñas del guerrero, sino las coronas i las palmas de la inmortalidad, con que el jénero humano agradecido ciñe la frente de sus benefactores.

Los jurisconsultos i los literatos han llenado una necesidad moral, grande por cierto; pero comparada con la que han llenado los matemáticos, aparecerá pequeña. Estos han estrechado los vínculos de las naciones, asegurando a un tiempo la paz, que trae consigo el desarrollo de las artes, de las ciencias i de la civilizacion en grande escala: el nombre de un matemático es conocido hasta en los ámbitos mas recónditos del globo; porque ese ha contribuido al adelanto i al engrandecimiento del mundo entero. ¿Quién, por ignorante que sea, no se descubre con respeto al oír el nombre de Newton? ¿Quién ignora que para llegar al nivel de ese hombre, es necesario elevar a muchos grados el talento comun? ¿No llegaríamos al estado de la barbarie, si destruyéramos ese gran pedestal sobre el cual reposa el progreso del mundo? No hai, pues, exajeracion al decir que las matemáticas son la ciencia por excelencia.

Insensatos hai, que sostienen que son estériles las ciencias a las cuales deben el poder trasportarse de polo a polo, considerándose seguros en una lijera barca lanzada al océano como un reto de la ciencia a los poderosos

elementos; llaman estériles las ciencias que les permiten saber, con pocos segundos de dilacion, los sucesos ocurridos en el opuesto continente; las ciencias que en pocas horas los conducen a lugares lejanos, impidiendo tal vez que queden sumidos en la miseria o en el deshonor!

Observad con cuidado todo lo que os rodea, i os admirareis de la universal influencia de las matemáticas i de las ciencias que de ellas dependen. A ellas debe el hombre no solo la satisfaccion de sus necesidades, sino tambien las comodidades i el bienestar que distinguen esencialmente al hombre civilizado del salvaje.

Bajo este aspecto, el siglo presente ha hecho mucho mas que cuantos le han precedido, no sin haber aumentado tambien el conjunto de verdades teóricas, i lo que me será permitido llamar el cuerpo de las ciencias matemáticas. En efecto: Monge descubre la jeometría descriptiva; Lagrange perfecciona la teoria de las series; Laplace lleva el análisis hasta los confines del mundo planetario; Arago descubre la polarizacion de la luz; se mide la paralaje de las estrellas fijas i su distancia a la tierra; i en fin Leverrier, por solo el cálculo, anuncia la existencia del planeta que debia llevar su nombre, i que vino a comprobar una vez mas la verdad de la gran lei de la gravitacion, que así determina la caida de una gota de agua sobre la superficie de la tierra, como la órbita del mas distante de los planetas.

Por otra parte ¡qué portentosas aplicaciones de las ciencias matemáticas! Fulton aplica el vapor a la navegacion i todo cambia de faz en el mundo; el telégrafo pone en instantánea comunicacion los opuestos polos de la tierra; las mas sólidas rocas graníticas son perforadas; la América en su parte mas ancha oye todos los dias el silbido civilizador de la locomotiva; el istmo de Suez da paso en este instante a los buques que buscan los mares orientales, i tal vez mui pronto el Atlántico i el Pacífico se admirarán de reunir sus aguas en las selvas seculares del Darien: hoi, en fin, señores, bastan 75 dias para dar la vuelta al mundo. Tantas maravillas autorizan sin duda al hombre para decir con orgullo: “la palabra imposible no pertenece al diccionario de las ciencias exactas.”

Nuestra patria, la patria del inmortal Cálidas i del ilustre Pombo, no podia quedarse estacionaria en medio del rápido movimiento científico del siglo; i ha consagrado una preferente atencion al estudio de la ciencia que debe aplanar nuestras elevadas cordilleras, construir sólidas i cómodas vias de comunicacion, canalizar nuestros rios i luchar, en fin, con feliz éxito con las dificultades que presenta nuestro vasto i variado territorio.

Felices nosotros si al consagrar nuestros esfuerzos i nuestras tareas a tan noble estudio, logramos alcanzar la inestimable dicha de ser, como el infortunado sabio que acabo de nombrar, útiles a la patria durante nuestra vida, i de morir si fuere necesario, por darle honor, gloria i libertad.

JULIO MALLARINO.

SEÑORES:

La necesidad de un Ser supremo la sentimos i reconocemos, contemplando uno cualquiera de los seres de la creacion: nuestra imaginacion se confunde i un abismo nos aterra al querer investigar la íntima naturaleza de las cosas, porque los arcanos de un misterio son siempre el resultado de nuestras investigaciones; i esto, porque Dios, Ser necesario, infinito i omnipotente, es el orígen de todo cuanto existe. Parece, pues, que el hombre debia permanecer mudo ante el universo: su frente solo debia levantarse para contemplar la portentosa obra del firmamento: su espíritu i todo su ser, tan solo deberia dedicarse a tributar alabanzas a su Creador. Pero tal estado de inaccion es incompatible con las facultades maravillosas del hombre, pues está en su naturaleza intelijente el procurar darse razon de las verdades mismas; i he aquí, señores, la necesidad de las ciencias. Ellas son, pues, el distintivo de un ser libre, de un ser pensante, del hombre.

En la formidable lucha entre su espíritu i los elementos ha tomado diferentes rumbos que han dado orígen a las diversas ciencias, las que con el destello de su divina luz le han conducido a fines diversos.

El espectáculo maravilloso de los cielos, el plan combinado de la naturaleza rejido por leyes invariables, las causas finales i mil otras pruebas de la existencia de Dios, le condujeron a discurrir sobre Él, i la Teolojía quedó fundada entónces; la necesidad de conocer la verdad, de conocerse a sí mismo i a los demas hombres dió orígen a la Filosofia; su carácter esencialmente comunicativo dió orígen a la Historia, i así por una serie de causas cuyos efectos sentimos i palpamos, se fundaron todas las ciencias. Pero las ciencias exactas han sido creadas por el carácter investigador del hombre i por la observacion de las leyes naturales: requerian, pues, una demostracion para cada principio i una aplicacion directa para cada observacion, condiciones que al efecto se han realizado satisfactoriamente.

Desde los tiempos remotos de la antigüedad en que aparecieron a la faz del mundo jenios como Arquímedes, las Matemáticas empezaron a tener preponderancia i a hacer sentir al hombre el inmenso poderío de sus aplicaciones. El filósofo siciliano, entusiasmado en sus descubrimientos, conceptuó que podria mover el mundo con una palanca; defendió a su patria de la invasion extranjera con el poder de su intelijencia i el auxilio de las potencias mecánicas; i si aquel hombre extraordinario existiera en la presente época, su jenio atrevido le habria colocado en el centro del espacio, pretendiéndose motor del todo el universo.

Las épocas científicas se han sucedido en el mundo apoyadas siempre en el cálculo como la base fundamental de los conocimientos humanos. En sus alas el hombre se ha remontado a las rejiones inmensas i ha resuelto el gran problema de los cielos, indagando el movimiento de los astros, sus

leyes i la fuerza que los sostiene i equilibra. Apoyado en la exactitud de sus resultados, surca los mares sin mas guia que la brújula i esa infinidad de mundos brillantes que excitan nuestra facultad intelijente. Es con el auxilio de la ciencia de las fuerzas i de sus efectos, que el hombre recorre hoy distancias considerables en pequeños tiempos, i es en virtud de sus propiedades que puede dominar los elementos brutos de la naturaleza, haciéndose potente ante el mundo externo.

Las ciencias modernas reposan con tranquilidad en el cálculo, sin que discusiones acaloradas, ni ideas quiméricas i absurdas se hayan emitido, porque la verdad es el alma de las ciencias exactas. Además, es en ese cúmulo de realidades demostradas, de verdades inmutables, de gloriosos descubrimientos, de secretos arrancados a la naturaleza, que el hombre puede darse cuenta de su celeste origen; por ellas se remonta hasta Dios, le venera i le admira, conoce su destino i vienen a ser fuente de moralidad. Ellas son tambien el medio mas directo para el porvenir feliz de las naciones, pues así lo demuestran los países civilizados de la sábia Europa i la patria de Washington.

Es tiempo, pues, de que Colombia, la joya de la América, la patria de Cálidas, queriendo seguir huellas civilizadoras, fomenté el estudio de las Matemáticas; porque así romperá los obstáculos que impiden el desarrollo de la industria, podrá conocer mejor la utilidad de su bella situación jeográfica, hará frecuentados sus mares, transitables sus terrenos, dará cultivo a sus selvas vírjenes, explotará sus riquezas, i no mui tarde será colocada al lado de las naciones cultas. Que se difunda, pues, el estudio de las ciencias exactas; que se formen matemáticos, porque el matemático es el obrero de la humanidad: trabaja incansable por el progreso de su patria i nunca se le ve conspirar contra ella: su destino es el trabajo, su primordial idea la invencion, i su fin el olvido de su nombre.

La necesidad mas urgente en nuestro país es sin duda la fundacion de establecimientos científicos, que hagan cambiar no mui tarde el estallido del cañon por el silbido de los ferrocarriles, el rumor sombrío de los campamentos por el afanoso rodar de los carruajes, el periodismo político por el periodismo científico, i todos los elementos bélicos por los elementos industriales. Entónces llegará Colombia a su época mas gloriosa, será el punto de cita de las naciones comerciantes, el centro de las direcciones marítimas, i un albergue fraternal de trabajadores.

Demos, pues, un voto de gratitud a los iniciadores de esta idea, i procuremos alimentarnos siempre con ideas tan fecundas en bien, para ser dignos de llevar, como patronímico, el nombre del descubridor de un mundo nuevo.

MODESTO GARCÉS.

SEÑORES:

Cuando nos detenemos a contemplar por algunos momentos el grandioso edificio de la civilización levantado por el ingenio humano a impulsos de las ciencias, inclinamos con respeto nuestra frente ante la obra portentosa i sublime en que cada una de esas ciencias forma una parte integrante del inmenso todo que tanto nos admira. No obstante, al fijar mas detenidamente nuestra atención en las diversas partes que lo constituyen, no podemos ménos de reconocer cierta diferencia entre ellas, diferencia favorable para unas i desfavorable para otras: Vemos, en efecto, que las ciencias sociales i políticas no han alcanzado el grado de adelanto en que hoy se hallan, sino al través de los mas violentos cataclismos producidos por la tormenta de las pasiones humanas, que ha dejado en pos de sí una huella fúnebre i sangrienta.

La investigación de las verdades que constituyen la filosofía intelectual ha conducido al hombre a mil sistemas absurdos, perniciosos i ridículos, por los que la mente humana ha divagado durante muchos siglos en un horizonte tenebroso, que aun en la actualidad no está despejado por completo.

Mas no sucede así con las ciencias de la cantidad, en las cuales el hombre ha marchado por una senda pacífica i certera, guiado por la evidencia i exactitud que caracterizan a las verdades matemáticas, eternas e inmutables como su excelso autor.

Demos si no una rápida ojeada a la historia de estas ciencias i nos convenceremos de la verdad de esta asercion.

Retrocedamos mas de cuarenta siglos en la carrera del tiempo hasta la época del Imperio egipcio en donde encontraremos los primeros jérmenes de la verdadera ciencia, como muy bien lo expresa el significativo nombre que le dieron los griegos.

No hai duda de que la Aritmética fué la primera espiga que brotó en el vasto i fecundo campo de la cantidad; empero su origen se halla sumido en la oscuridad de los tiempos, i solo sabemos que los dos pueblos mas florecientes de aquella remota época, los fenicios i los egipcios, se disputaron el glorioso título de descubridores de la ciencia numérica.

En pos de ella viene la Geometría, que en su principio no tuvo otro objeto que el de la medicion de los terrenos a que dieron nacimiento las avenidas periódicas del Nilo; pero el horizonte de esta ciencia, tan estrecho en su aparecimiento, se ensancha progresivamente: de Egipto pasa a Grecia en donde Táles la enriquece notablemente, i le siguen Pitágoras, quien demuestra el primero la famosa proposicion del cuadrado de la hipotenusa, Anaxágoras que se ocupa del problema de la cuadratura del círculo, Platon del de la duplicacion del cubo, e Hipócrates de Chio de la cuadratura de la lúnula.

Los ingenios se suceden providencialmente unos a otros como los eslabones de una inmensa cadena. Euclides forma un cuerpo de doctrina compuesto de los principios descubiertos por sus predecesores, legando a la posteridad la primera i acaso la mejor obra de este jénero.

Otros varios matemáticos descubren sucesivamente las propiedades de las curvas, que Apolonio reúne en ocho libros; i casi a la vez florece el ilustre siracusano de quien nos quedan tan bellas obras sobre la esfera i el cilindro, sobre la cuadratura del círculo i la de la parábola.

La profunda ignorancia que reinó en el Occidente despues de la destruccion del Imperio romano, perjudicó inmensamente a las ciencias: sin embargo, los siglos de tinieblas entre los cristianos fueron felizmente de luz entre los árabes, i merced a esto no solo se conservó intacto el tesoro, sino que fué aumentado con el descubrimiento de una nueva ciencia: la ciencia del Cálculo en jeneral, que viniendo en auxilio de la Jeometría i de las demas ciencias que se ocupan de la cantidad, les abrió una nueva i brillante era.

Al insigne jeómetra Descartes debemos la aplicacion del Aljebra a la Jeometría, como tambien los primeros ensayos sobre la aplicacion de la Jeometría a la Física; i no importa que él se engañara en este punto, como lo ha demostrado despues el análisis, pues no por esto deja de corresponderle el alto honor de haber sido el primero en aplicar con algun éxito la Jeometría a la ciencia de la naturaleza, i el primero que alcanzó a entrever las notables leyes del movimiento.

A los trabajos de Descartes siguen los de Pascal sobre el Cálculo infinitesimal, los de Leibnitz sobre el integral, i los de Bernoulli sobre el modo de diferenciar las cantidades exponenciales.

Aparece en seguida en la brillante arena de las ciencias el mas pujante i esforzado atleta que vieron los siglos: el inmortal Newton, quien sorprende al universo con sus asombrosos descubrimientos, que aplica con la mayor felicidad a las teorías físicas.

El edificio levantado por aquel sabio a tan inmensa altura no estaba sin embargo terminado, pues era preciso que quedara algo para los que debian sucederle; i en efecto los Lagrange, los La Place i mil otros han enriquecido i continuan enriqueciendo la ciencia con bellos i luminosos trabajos.

Pero baste esto para mi objeto, que no es otro que hacer ver la suave bonanza i la apacible calma con que el espíritu humano ha navegado en el inmenso océano de la mas fecunda de todas las ciencias.

Hoi, gracias a los adelantos que en ella se han hecho, puede el hombre gloriarse de poseer ideas fijas acerca de las leyes que rijen la materia: puede empuñar con orgullo el cetro de monarca de la creacion con que lo dotara el Supremo Hacedor; i puede, en fin, dominar todos los elementos

que están bajo el imperio de su voluntad como humildes i sumisos esclavos bajo el capricho de su señor.

Por otra parte, ¿en dónde mejor que en las matemáticas encuentra el hombre esa sublime luz que se llama verdad? Allí se nutre su espíritu con principios inconcusos e incontrovertibles que nada le dejan que desear; que desvanecen toda duda i toda incertidumbre, a la manera que el viento de la mañana desvanece la bruma que cubre las campiñas.

Si en nuestro país se hubiera prestado mas atención al noble estudio de las matemáticas, si la juventud hubiera podido preferir la gloria de gobernar la naturaleza a la de gobernar los hombres, la de derribar bosques i construir caminos a la funesta de exterminar a sus hermanos, hoy no lamentaríamos el triste estado de ruina i de miseria en que se encuentra nuestra patria.

No desesperemos sin embargo: día llegará en que el cultivo de las matemáticas se jeneralice i perfeccione en el suelo colombiano; día llegará en que nuestro gobierno dé a este importante estudio toda la protección que merece; día llegará, en fin, en que nuestra patria levante orgullosa su altiva frente adornada con los incruentos laureles de la victoria alcanzada en la palestra de las ciencias.

FRANCISCO ESCOVAR.

ESCUELA DE CIENCIAS NATURALES.

SEÑORES:

Permitidme que os diga algunas palabras sobre la utilidad de los estudios que se hacen en la Escuela cuyos actos científicos vais a presenciar.

Las Ciencias naturales que la Universidad nacional ha puesto al alcance de todos, forman uno de los ramos mas importantes del saber humano. Fundadas en la minuciosa observación de los hechos mas comunes, dan la razón i explican la causa de los continuos fenómenos que nos presenta el universo i que tienen por objeto el sostenimiento de la creación. Así, este estudio es al presente una necesidad impuesta por la civilización, porque ella está haciendo conocer que la naturaleza es el verdadero libro de la sabiduría, i que los que no aprenden a leer en él, atravesarán el mundo como el ciego que paseaba en los hermosos jardines de Alejandría.

El hombre creado para gobernar i gozar la naturaleza, no se contentó con admirar asombrado la obra portentosa del Creador. Quiso conocer los animales, estudiarlos detenidamente i observar el provecho que podia sacar del conocimiento de las funciones de todos en jeneral, i los servicios que cada individuo estaba llamado a prestarle: formó la Zoolojía. Su atención, primero cautivada por la caprichosa forma de las cryptogamas microscópi-

cas i la gigantesca masa de árboles colosales, reconoció luego que entre los vegetales unos le dan suaves i sabrosos alimentos, otros le ayudan a soportar las contrariedades de la vida, i algunos ejercen sobre él acciones deletéreas que es prudente evitar: tiene, pues, necesidad de la Botánica. Notó sucesivamente los fenómenos de la luz, el calor, la electricidad, &.^a i halló la existencia de la Física. El contacto de los cuerpos i las modificaciones que de él resultan, le revelaron que tiene en sus manos el poder de aniquilar i destruir a unas sustancias i el de formar otras: así conoció que posee en la Química la llave de todos los enigmas de la naturaleza: en su necia codicia solo aspiró a poseer la "piedra filosofal;" i la ciencia, demasiado noble, no quiso acceder a esta inútil solicitud, pero en cambio entregó lo mas maravilloso i estupendo de cuanto existe.

Elevado sobre el resto de la creacion, enorgullecido con su poder, asombrado con los frutos de su perseverante trabajo, no satisfecho con conocer a fondo lo que lo rodea, sediento de ciencia, esculcó con avidez el suelo que lo sostiene, escudriñó en un momento lo que gastó tantos siglos en formarse, rectificó lo que ya su intelijencia habia previsto, i no dejó a la naturaleza ni los secretos que ocultaba en las entrañas de la tierra. Estos conocimientos, que nos los enseña la Jeolojía, son hermanos con otros, iguales en interes: los que pertenecen al dominio de la Mineralojía, que es para el reino mineral lo que la Botánica i la Zoolojía son para el orgánico.

Pero todas estas ciencias, que por sí solas bastaban para formar una profesion de las mas halagüeñas, han llegado por un camino progresivo i seguro a dar nacimiento a una ciencia gigantesca, desconocida entre nosotros, admirable por su exactitud, maravillosa por sus resultados: esta es la Agricultura.

No hace mucho tiempo que la Agricultura no pasaba de ser un arte; sus reglas eran inciertas i sus resultados engañosos i contradictorios: fué la Química agrícola, i sobre todo los brillantes trabajos en esta materia de sir Humphry Davy, del conde de Dundonald i de Mr. Renié, los que la sacaron del caos en que se hallaba. Reglas seguras reemplazaron a la torpe rutina; i el estudio, ayudado de una atenta observacion, ha dado a conocer las bases científicas que están acabando con el empirismo i la ignorancia. Con el análisis de las plantas tenemos los principios de que se componen, i se sabe cuáles son los mas aparentes para la nutricion i el desarrollo de los animales. I con el análisis de los terrenos i el estudio de sus condiciones físicas, ya la industria ha podido suplir con los abonos lo que a la naturaleza le faltaba en ciertos parajes para tener una vejetacion vigorosa i rica. La Agricultura, apoyada en la Química, ayudada por la Botánica i ensanchada por la Zoolojía, es hoi la joya preciosa del progreso, pues está centuplicando las materias primas de la industria fabril, cubriendo de razas hermosas i escojidas nuestras dehesas, i sobre todo, reproduciendo el

milagro de los panes i los pezes con los artículos indispensables para la nutricion del hombre.

En verdad, es asombroso que la ciencia haya extendido sus dominios hasta llegar a rejir con sus leyes infalibles a la industria mas elevada i provechosa, que hasta ahora habia sido el arte mas incierto, el trabajo mas arriesgado!

Colombia, con ricas i extensas costas en ámbos mares, cruzada en todos sentidos por altas cadenas de montañas, regada por innumerables rios, presentando todos los climas, desde la nieve perpetua hasta el calor del fuego, contiene en sus límites una enorme cantidad de focos de fertilidad i florestas virjenes, donde crecen i se multiplican plantas útiles a las ciencias i a las artes. Bajo estos templos de vejeticion se pierden para el mundo entero terrenos cuya feracidad excede a toda exajeracion, i cuyos cimientos están formados por esos metales que con tanta avides i tan poca diligencia buscamos. En el suelo de Colombia se pisa mas oro que tierra: en sus bosques, se ha asilado la fertilidad: en sus valles la belleza: en ella todo lo que se ve es grandioso, todo lo que se toca es pan, i todo lo que se pierde es riqueza.

No hai para qué gastar el trabajo manual del hombre entre nosotros en amontonar riquezas representativas, sepultándolo vivo en el corazon de la tierra, léjos del aire i de la luz, continuamente amenazado por la muerte que lo persigue de mui cerca, si puede labrar tranquilamente nuestro territorio para convertirlo en verdes prados i amenos verjeles que ostenten ricos pastos, cereales color de oro i frutos esquisitos; verdaderas riquezas cuyo excedente volará en alas del vapor a los paises lejanos a exhibir nuestra lucida opulencia, i cambiar su valor por telas para abrigarnos, instrumentos para facilitar el trabajo, i medios de popularizar la instruccion i de vulgarizar la ciencia.

La Agricultura, el dia que su prosperidad llegue a este término, arrasará envueltas en su manto de gloria a las Ciencias i a las Artes. Sus productos, que pedirán vias para salvar nuestras fronteras i salir a las grandes plazas de consumo, pagarán en impuestos módicos el costo de caminos de rueda i de canales; i con el tiempo, no bastando estos vehículos lentos, se verán presentarse compañías para la construccion de ferrocarriles, de navegacion i de telégrafos. Fábricas i manufacturas se establecerán, i una época de progreso sucederá a la crítica i ajitada situacion en que hoi nos hallamos.

Conozco que se tachará de exajerado este bosquejo; pero hoi, que el mundo está envuelto en una red de hilos eléctricos, que los océanos se comunican por rieles i que el hombre medita el camino que debe seguir, apoyado en los hechos, para usurparle el dominio a la muerte, no debemos tener por fantásticos los proyectos mas atrevidos, las empresas al parecer mas descabelladas!

Indudablemente es que la Agricultura debe llamar con preferencia la atencion i el estudio del naturalista colombiano; i cuando esta ciencia haya perfeccionado los procedimientos para elaborar la superficie de nuestro territorio, i haya enseñado a nuestros agricultores a ahorrar esfuerzos i a multiplicar los dones de la naturaleza, es que conviene penetrar en la espesura de nuestros bosques para sacar las preciosidades que encierran i extender a ellos nuestras poblaciones. Si la casualidad, sin ningun auxilio, nos ha obligado a reconocer las valiosas propiedades de la quina, el cacao, la papa ¿qué será lo que obtendremos con la Botánica, ayudada por el estudio i la intelijencia?

Permitaseme recordar que la caña de azúcar i el trigoillo, entre mil otros vegetales, los debemos única i exclusivamente a la Botánica.

I la química, que hoy luce sus leyes infalibles en procedimientos bellísimos, que no se alcanzan a calificar cual se debe diciéndolos divinos, qué papel no desempeñará en la prosperidad de un pais a cuyos laboriosos habitantes jamas les sobrarán las industrias!

Hai mas todavía. Bajo este suelo fértil yacen abundantemente los metales, i entre ellos el fierro, que así como el agua es el elemento universal de la creacion, él es el elemento indispensable de la industria i de la civilizacion. El cobre, el plomo, el zinc, el estaño, el antimonio, el bismuto, el mercurio, el platino, todos los metales esperan bajo nuestras pisadas que les llegue su turno para salir de entre oscuros subterráneos a pedir órdenes a la industria. Oro i plata, tambien tenemos: como representantes de los valores reales podemos explotarlos; mas si han de abandonar la localidad que les asignó la naturaleza para convertirse en títulos, pervertir nuestro pueblo, quitarle su hospitalidad i abrigar el odio i el rencor, vale mas que duerman en paz junto con el diamante, el rubí i la esmeralda, bajo el suelo donde imperan "libertad, igualdad i fraternidad."

Las ciencias naturales son tambien necesarias para otros casos: así como el mármol necesita del cincel del escultor para lucir su belleza, el hombre tambien requiere la instruccion para presentarse ante sus semejantes. A los títulos de nobleza inscritos en pesados pergaminos, han sucedido en los requisitos para obtener entrada en la sociedad, los títulos del saber, la herencia de las ciencias, verdadera nobleza que en nada ataca al lema de la igualdad. Es de esto de donde proviene la urjencia de que los hijos de los grandes i de los ricos cedan sus valores para obtener la instruccion científica i poder competir en lo ameno de la conversacion, sin riesgo de correrse por su indisculpable ignorancia o de permanecer callados para esquivar la torpeza de sus necesidades.

Gracias a ello la ciencia cuenta en el número de sus intelijentes obreros, a los príncipes Carlos L. Bonaparte i Max de Neuwied, a los condes de Dundonald, de Buffon i de Lacepède, a los barones Cuvier i de Humboldt i otros cuya lista numerosa seria largo i cansado recitaros.

La historia natural en el hogar doméstico tiene sus atractivos: es el tema de la conversacion familiar en las horas de reposo i la recreacion i pasatiempo de la tarde: así se adquieren costumbres contemplativas; se principia a sentir, en el fondo de los sueños, al infinito; se entrevé a Dios, al Dios de la naturaleza, que mira con igual ternura i protege cuidadosamente a una triste hoja de pasto i a una resplandeciente estrella. Allí se encuentra una fuente de consuelo; digo mas, de felicidad.

Compañeros! convenceos de que no son los hombres de estado, ni la habilidad en la política, ni la fuerza material los elementos que han alzado a Inglaterra, a Francia i a los Estados Unidos de América, al puesto de poder i gloria que hoi ocupan. La ciencia fué i es el elemento indispensable de su progreso. Hombres como Cavendish, Priestley, Dalton, Newton, Lavoisier, Berthollet, Gay-Lussac, Wollaston, Audubon i Franklin, han hecho en silencio, i paso a paso, por la prosperidad de su patria, mas que Wellington, Napoleon i Washington.

Por recompensa el naturalista recibe, no solo el honor de trasmitir su nombre inmortal, rodeado de portentosos descubrimientos, a la posteridad que recuerda agradecida sus arduos trabajos, sus constantes desvelos en busca del progreso de su patria, sino que despues de una vida dulce i siempre agradablemente sorprendida, el alma que aprobaba en silencio el uso satisfactorio que se hizo del tiempo, de ese haber sagrado, se levanta tranquila i pura, mas allá de la frontera de la materia, a presentar con voz tímida las buenas obras, i a gozar del premio ofrecido por el Monarca del Universo.

Entre estos figuran nuestros hábiles profesores, a quienes ofrecemos aquí nuestro eterno reconocimiento; los actos que vais a presenciar os servirán de norma para calcular cuán largos han sido sus desvelos, cuán intensos sus trabajos, cuán pesadas sus fatigas: si ellos os satisfacen quedarán colmados sus deseos; si notais algo malo, inculpádnoslo.

Todos ellos han luchado cuerpo a cuerpo con nuestra ignorancia; pero hai uno (*) que, ademas, ha luchado contra todos los obstáculos que encuentran los que, como él, solo desean hacer el bien: a él le debemos el que por primera vez se haya hecho un curso completo de Botánica en Colombia. Su nombre que ya todos reconoceis con el sello de la inmortalidad, no lo menciono por no herir su modestia con elogios que no alcanzarian a calificar esa rara i sublime abnegacion.

C. MICHELSEN U.

ESCUELA DE MEDICINA.

SEÑORES,

Conocer perfectamente la constitucion del hombre sano para poder apreciar las modificaciones que las enfermedades o la muerte producen en

(*) El doctor FRANCISCO BAYON — (N. del E.)

él; determinar las circunstancias en que estos fenómenos se manifiestan para prevenirlos i administrar los remedios propios para combatir las unas i retardar la otra: tal es el objeto de la Medicina, bastante complicado a la verdad, pero que ha alcanzado ya un lugar elevadísimo entre las ciencias, revelando a cada instante los progresos i los adelantos del hombre.

Tratando la Medicina de las enfermedades, útil es saber el origen de ellas para tener un punto fijo de donde partir, i averiguar si el hombre, conmovido por los padecimientos de sus semejantes, ha encontrado en la ciencia médica los medios de satisfacer tan noble sentimiento.

Créese que nuestras enfermedades tienen origen en la desobediencia del primer hombre i que ellas son una herencia fatal que adquirimos desde entónces. Al lado de esta creencia, la Medicina establece hechos irrecusables que la creacion i las ciencias de observacion le proporcionan como diciéndole: en la naturaleza es en donde Dios ha colocado todos los elementos que ponen a prueba la fragilidad a que Él quiso sujetar la organizacion humana.

Está bien reconocido que todo lo creó Dios ántes que al hombre, pues al abrir este los ojos al mundo se encontró rodeado de cuanto podia necesitar: es indudable que los animales le precedieron; que tenían organizacion i vida propias; que sus funciones se ejercían entónces como hoy, i que sometidos a las influencias exteriores ya estaban sujetos a alteraciones en la salud, pues en nada ha cambiado la obra que admira el hombre con tanta mas veneracion, cuanto que en las ciencias que estudia encuentra cada dia medios mas numerosos de remontarse hasta el principio del mundo, i de buscar allí las verdades en que su pensamiento encuentra la razon de la existencia, reconociendo sin cesar el infinito poder de Aquel que lo sacó de la nada.

Estos animales estaban, como he dicho, sujetos a la accion de las causas exteriores que obraban sobre su constitucion con mas o ménos energia i trastornaban el ejercicio de sus órganos produciendo en ellos enfermedades así internas como externas: la Jeología ha comprobado esta verdad, pues los fósiles que se han hallado revelan la existencia de heridas producidas por los animales mas voraces sobre los mas débiles, que les servían de alimento. De aquí resultaban males para ellos, lo que nos conduce a averiguar quién curaba sus heridas i las demas afecciones que padecían. Puesto que todavía el hombre no existía ni ménos la Medicina, obra del hombre mismo, fácil es comprender que la infinita sabiduría del Creador no podía dejar a sus criaturas desprovistas de los medios de aliviar las dolencias a que las dejó expuestas; i es en la naturaleza en donde residen los agentes que obran sobre ellas, donde existen tambien los medios de combatirlos.

La enfermedad i los modos de atacarla, no son, por tanto, el resultado

de la caída del hombre: vienen de muy atrás i nacieron con la creación, pues estos elementos están bajo la voluntad absoluta del que sacó el mundo del caos.

Poblóse la tierra, i sometidos los hombres, como los demás seres, a las alteraciones de su organización, muchos de ellos se dedicaron a observar atentamente los fenómenos más notables que aparecían del ejercicio regular de las funciones del cuerpo humano, i determinando las circunstancias que las modifican dedujeron principios generales que, aplicándolos a casos particulares, les sirvieron para descubrir la acción de aquellos agentes en los casos patológicos i prevenir así las enfermedades, o suministrar, cuando se presentaban, los remedios propios para atacarlas. De esta primera observación nació el arte de curar.

De la simple observación se ha pasado a otra clase de estudios i de investigaciones, con la idea dominante en todas las épocas de remediar las enfermedades del hombre; i a medida que las facultades de este se han desarrollado i que la ciencia médica ha encontrado poderosos recursos en los descubrimientos hechos en las otras ciencias, ella ha dado también pasos gigantescos; pero si mucho ha avanzado, no ha llegado todavía a alcanzar el objeto que se propone, pues no hai un solo ejemplo de que al menos una enfermedad haya desaparecido de la faz de la tierra por los esfuerzos del hombre.

Ahora bien, si no podemos menos de reconocer que la enfermedad entra como uno de tantos elementos en el plan creado por la Providencia desde el momento en que la naturaleza salió de sus manos, i si es cierto que ella misma da los remedios que el hombre necesita, ¿para qué sirve pues, la Medicina? ¿No es una pretensión absurda querer imponer leyes i dirección a las leyes divinas ordenadas i encadenadas tan prodijosamente?

Esto es evidente; mas no por eso debe el hombre aguardar con indiferencia los acontecimientos i entregarse a su influencia: si no es de su dominio detener las leyes naturales i oponerse abiertamente al desenfreno de las tempestades i a que los vientos corran por doquiera arrastrando consigo el jérmén de las enfermedades, si le es dado estimar la fuerza de aquellas i apreciar los movimientos de estos para evitar sus ataques i atenuar los males que ellos ocasionan: lo que equivale a decir que el modo como la Medicina llena su objeto primordial es ayudando a la naturaleza en muchos casos i limitándose en otros a observarla i cuidar de que nada perturbe su acción; pues, como lo decía Hipócrates, "la naturaleza misma basta para todo, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad."

Pasemos ahora a considerar la Medicina en sí misma i comparémosla con los sistemas propuestos en diferentes épocas i que todos han tenido la necia pretensión de poseer la verdad ofreciendo los remedios más segu-

ros para la curacion de las enfermedades; pretension que no tiene de ningun modo la ciencia de Hipócrates, que aunque atacada frecuente i ténazmente en razon de sus resoluciones, resultado de sus mismos aunque lentos progresos, reconoce no obstante, llena de admiracion, la influencia de una omnipotencia divina que haciendo al hombre igual a los demas animales por su constitucion fisica, lo distinguió con una alma dotada de facultades superiores que alejándolo de los brutos lo acercan mas a su Creador.

Desde luego, para probar la importancia de la ciencia que se ocupa en ayudar a la naturaleza e investigar cuándo ha de intervenir por sí o en qué circunstancias debe permanecer en espectacion de los fenómenos que pasan en el cuerpo humano, basta mencionar los ramos que la medicina encierra i que debe saber a fondo el que abnegadamente va a luchar con el enemigo mas cruel de la humanidad. Puesto que es indispensable conocer primero la constitucion del hombre sano para apreciar los cambios que la enfermedad o la muerte producen en ella, podemos dividir su estudio en dos partes perfectamente distintas; la primera comprende la Anatomía en toda su extension, la Fisiología i la Histología, que nacida hace poco tiempo ha contribuido inmensamente al adelanto de sus compañeras: la segunda parte abraza la Patología considerada en jeneral, i la que estudia las enfermedades en particular tanto internas como externas, la Anatomía patológica, estrechamente ligada a la Anatomía normal i a la Patología, la Cirujía, i en fin, la Farmacia i la Materia médica, la Terapéutica i la Higiene, que son las fuentes de donde el médico saca los medios de combatir las enfermedades: todos estos estudios se complementan con el de la Medicina legal, que haciendo de la conciencia del médico el juez mas imparcial en los asuntos criminales, lo relacionan íntimamente con la sociedad en que vive.

Ademas de estos conocimientos, indispensables por cierto, i que constituyen el estudio de la parte fisica del hombre, hai otros no ménos importantes que debe poseer el que se dedica a la ciencia médica: son los que se relacionan con la parte moral del individuo; con sus sentimientos, sus impresiones i sus diversas sensaciones, facultades conferidas al alma i que el médico debe estudiar con tanto mayor razon, cuanto que ellas tienen una influencia capital en el desarrollo i la terminacion de las enfermedades corporales, que muchas veces no son sino la expresion de los sufrimientos del espíritu. ¡Cuán elevada es entónces la mision del médico que cura el cuerpo aliviando tambien el alma!-----

Pero no es esto todo: la Medicina no es una ciencia solamente; constituye tambien un arte bastante difícil, o mejor dicho, su estudio se compone de una parte teórica de que mui sucintamente he hablado, i de otra en que se practica lo que se aprende para adquirir el verdadero nombre

de médico. Aquí es donde se tropieza con los mas serios obstáculos: i es despues de haber observado bien, asistiendo constantemente a los enfermos, siguiendo, por decirlo así, las huellas de la enfermedad, i rectificando los juicios que forma con la abertura de los cadáveres, como logra el médico llenar con mas acierto su mision; pues solo así puede prever las enfermedades para aliviar a sus semejantes, hasta donde es humanamente posible, del peso de esta lei divina que de ningun modo puede evitar, pues ella entra en los dominios de la Providencia.

Entre los obstáculos que encuentra el médico en su práctica, unos existen en sí mismo, i los otros, en mayor número, en todo lo que le rodea, como lo expondré rápidamente. Dondequiera que la ciencia extiende su dominio, los hombres investigan las verdades que ella encierra, i queriendo explicárselas todas no ven en su orgullo la impotencia que los detiene, i atribuyen esta a la inexactitud de aquella cuando no pueden pasar de ciertos límites. En la Medicina, por ejemplo, que tiene tan numerosos medios de investigacion, i que entre sus ramas cuenta a la Anatomía patológica, recurso poderoso para el médico pues le sirve para comprobar con el exámen de los cadáveres las manifestaciones sintomáticas observadas durante la vida, ayudándole a rectificar el juicio que ha hecho a la cabecera del enfermo en los casos en que no ha podido distinguir bien una enfermedad de otra; en este mismo medio de observacion, digo, hai causas de error que desvian al práctico de la verdadera senda que debe seguir para contribuir a los progresos de la ciencia; porque muchas veces no halla una lesion material apreciable ni con sus sentidos ni con los instrumentos del arte, i ántes que confesar humildemente su imperfeccion o la impotencia de su espíritu, deduce lijeramente que no hai alteracion notable que dé razon de la muerte, al parecer repentina, de uno de sus semejantes, i que sin duda ha sido el esfuerzo último de un trabajo latente que modificando poco a poco el mecanismo de la máquina humana, la destruyó en un instante dado, sin dejar rastro alguno de su influencia destructora.

La otra clase de obstáculos que encuentra el médico está en la naturaleza misma, pues son innumerables las causas que producen i agravan las enfermedades, i cuando ella misma no las modifica, sus esfuerzos encallan casi siempre ante la lei suprema a que el organismo tambien está sujeto. Tropiezos no ménos serios encuentra en la impaciencia i natural alarma de las familias, que exigen siempre respuestas precisas, i pretendiendo que la ciencia sea infalible, quieren detener el cumplimiento de las leyes de la creacion. Este es el caso en que el médico, como dice un eminente norteamericano, "debe enseñar al enfermo i a los que le rodean, a someterse resignados a las leyes de la enfermedad, tan manifiestas e inflexibles como las de la salud."

Formuladas las bases de la ciencia que estudia las enfermedades i los

medios de combatirlas, fueron acogidas con entusiasmo desde los primeros siglos, mas no sucedió así respecto de las formas en que ella se presentaba al espíritu de los pueblos; i de la variedad de teorías inventadas para explicarla, surjieron las diferentes doctrinas en que abunda la Historia de la Medicina. No es mi ánimo ni enumerarlas todas ni combatirlas: basta enunciar los nombres de algunas i oponerlas unas a otras para probar cuán fugaz ha sido su brillo, i para mostrar que solo han encontrado un débil eco en la ignorancia, seducida casi siempre por ambiciosos empíricos que, usurpándose los derechos de la ciencia, han ejercido su influencia sobre imaginaciones incultas, atraídas por palabras misteriosas i promesas falaces.

Entre los antiguos se encuentra el *misticismo* o la *teurgia*, doctrina que atribuye la salud i la enfermedad a la acción de dioses o espíritus ocultos: vienen despues la *taumaturgia*, el *supernaturalismo*, la *majia*, la *brujería*, la *demonología*, el *dogmatismo*, el *magnetismo*, el *vitalismo*, el *espiritismo*, i tantas otras que han desaparecido sucesivamente sin resistir los ataques de la ciencia. Entre los modernos tenemos tambien doctrinas i sistemas mas o ménos exclusivos que intentan poseer remedios para todas las enfermedades de la humanidad: uno de ellos es la *Homeopatía*, que llama hoi la atención del mundo civilizado i que cuenta con numerosos prosélitos que extienden su fama por doquiera atacando de lleno las antiguas creencias científicas. Tan ajena está ella de remediar los males del hombre como los sistemas que le han precedido, porque, como dice Bouchut, “la Homeopatía no puede curar sino los males que se curan por los únicos esfuerzos de la naturaleza, o las afecciones morales que calma i disipa la influencia de la imaginación i de la voluntad.”

Este sistema, como todos los que adquieren notoriedad, no puede ser favorable al hombre; por el contrario, administrando para todas las enfermedades sustancias jeneralmente inertes, disimula así una espectación que es fatal cuando la ciencia puede intervenir para ayudar la acción de la naturaleza.

Esto no quiere decir, señores, que la Alopátia haya descubierto el misterio de la vida i que esté en posesión de la suprema verdad, pero sí es la que ha adoptado la vía mas segura que conduce a ella; pues despues de un profundo estudio de las ramas que abraza la Medicina, despues de una larga práctica a la cabecera de los enfermos i observando el orden i el encañamiento que siguen ciertas enfermedades semejantes a las evoluciones del individuo mismo en las diferentes épocas de la vida, ella reconoce algunas de las causas que pueden perturbar sus funciones i sabe servirse de los medios que la naturaleza misma pone en sus manos para contribuir al adelanto de esta parte de la ciencia; hermoso campo en donde se trabaja con provecho, pues el que verdaderamente la ama no encuentra

obstáculos que lo arredren, i nada en el pasado podrá desalentarlo para hacer nuevos esfuerzos en el porvenir.

MANUEL R. PAREJA.

SEÑORES:

No es un incipiente alumno de la Escuela de Medicina de la Universidad nacional quien puede discurrir con brillo i lucimiento sobre la importancia de una materia tan vasta i de tanto interes para la humanidad, como la Patolojía interna. Seria mas bien un ilustrado profesor en esta ciencia, un profundo observador de los diversos fenómenos morbosos que ofrece el organismo en cada una de las enfermedades que lo afectan, el llamado a encomiar i a hacer el elogio de este ramo tan elevado de la Medicina.

Yo, que apénas ayer he acercado mis labios a la márjen de esa fuente pura, en cuyas linfas claras i apacibles Galeno, Boerhaave, Celso, Sydenham, Stahl, Harvey, Hoffmann, Laennec i muchos sabios mas, bebieron los conocimientos que han inmortalizado sus nombres, todavía no he rejuvenado mi espíritu en sus aguas. Me encuentro aún como el errante árabe en los cálidos arenales del desierto, consumido por una sed ardiente, por una sed insaciable que no bastan a extinguir lijeras gotas, sino copiosos raudales de doctrinas, que, cuando por fortuna se adquieren, iluminan la mente con los brillantes reflejos de la ciencia i forman la inmarcesible corona del sabio.

Si las naciones en todos los siglos, desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias, han levantado estatuas a hombres que, como Alejandro, César i Napoleon, no han hecho mas que desgarrar con férrea mano las entrañas de los pueblos, sacrificando la vida de sus hijos en aras de su ambicion e imponiéndoles por leyes sus tiránicos caprichos; que no han tenido otra celebridad, que la mui triste de hacer correr arroyos de sangre por campos sembrados de cadáveres; diezmar las poblaciones; verter acibar en el corazon de las madres al separarlas de sus hijos i en el de las esposas al arrancarles sus maridos; infundir la muerte, el espanto i la desolacion por doquiera, i tremolar sobre ruinas i escombros el ominoso estandarte de sus conquistas infructuosas ----; si estos, digo, han alcanzado fama i recibido homenajes que solo se reservaban a los dioses, decidme, qué gloria, qué culto, qué ofrenda creéis que deba rendirse a hombres que como Hipócrates, Areteo, Galeno i otros, en vez de ser los crueles exterminadores del jénero humano han pasado su vida en recojida i silenciosa meditacion, investigando de mil maneras los medios de economizar el dolor, disminuir el padecer, aliviar el infortunio i hacer la existencia de sus semejantes, si no completamente feliz, al ménos mas dulce, mas tranquila i lijera? Qué premio encontráis digno del jeneroso adalid, que en lucha

terrible con la muerte sale vencedor, i os conserva, ya la existencia de un padre querido a quien veiais agonizante al borde del sepulcro, ya la de una hija predilecta o la de una esposa idolatrada en cuyo lugar hubiérais preferido vosotros mismos descender mil veces a la tumba? Ah! sin duda que no hallareis cómo recompensar tanto bien i favores tan valiosos!

Empero la humanidad, que poco se cuida de distinguir el mérito real del falso mérito, la ciencia del empirismo, los adelantos útiles de los fatalmente perniciosos, rara vez hace justicia a los seres abnegados que se consagran a servirla i a aliviar sus dolencias, guardando por lo comun sus simpatías para los que en su provecho propio la sacrifican i la explotan: a estos prodiga su incienso, sus alabanzas i sus lauros; a los otros su ingratitud, su olvido i a veces su desprecio. Ella escribe i lee con entusiasmo en las pájinas de la historia los nombres odiosos de Luis XIV, Felipe II i otros déspotas que han martirizado i oprimido al jénero humano, i apénas se acuerda de tributar un breve recuerdo a Jenner que la regala con el interesante descubrimiento de las propiedades antivariolosas de la vacuna, a Priestniz que inventa el método hidroterápico, a Laennec que enriquece el diagnóstico de las enfermedades con el precioso invento de la auscultacion, i a otros grandes ingenios que igualmente la han hecho servicios importantes.

Ahora, acaso me trateis de parcial, si me atrevo a deciros que en mi concepto, casi los únicos verdaderos bienhechores que tiene la sociedad son los médicos. Sí, los médicos, que semejantes a los piadosos i humildes sacerdotes de Cristo, sin averiguar el rango, el sexo, la condicion ni la edad, van derramando, desde la choza del mendigo hasta el palacio del aristócrata, el suave bálsamo del consuelo en todos los corazones; sustituyendo la tranquilidad al malestar, al dolor la calma, al insomnio el sueño i a la enfermedad la benéfica salud! Ellos, que enjugan cariñosos las lágrimas del anciano, como recojen condolidos el último i casto aliento de la virjen que espira! Ellos, que llenos de caridad, prodigan oficiosos su ternura i sus cuidados, tanto a la desventurada viuda que en triste miseria i abandono llora enferma, sola i sin sosten, al amoroso compañero que el destino la hubiera deparado, como a la rica i altiva cortesana que descansa en mullidos cojines, rodeada del lujo, magnificencia i atenciones que el dinero i la familia pueden proporcionar! Ellos, que hasta en las frias i lluviosas noches del invierno dejan el lecho en que reposan, para ir, con esa bondad jenial que los caracteriza, a prestar los recursos de la ciencia, dondequiera que el eco doliente o la quejumbrosa voz del infeliz los llama! Ellos en fin los que, como el ángel tutelar, velan de continuo a la cabecera del enfermo, ya diciéndole dulces palabras de esperauza i de resignacion que sirvan como de lenitivo a los pesares de su alma, ya administrándole, en horas determinadas i precisas, la meditada pocion que ha de proporcionar a su

cuerpo fatigado el alivio del dolor, o por lo ménos algunos instantes de apacible descanso!

¿I qué fuera de la especie humana, siempre acechada por el mal, sin los ministros de esa ciencia divina que todo lo escruta i lo analiza; que todo lo observa i lo remueve; que se sirve, ora de los numerosos compuestos i reactivos de la química, ora de los consejos de la higiene, ora de los imponderables descubrimientos i preciosas indicaciones de la materia médica i terapéutica, para oponer un dique a las enfermedades, para detener la muerte en el dintel de la vida? ¿Qué sería sin ella, mas especialmente del hombre civilizado, que viviendo en medio de los funestos vicios que crecen a la sombra de la opulencia i en el recinto de las grandes ciudades, dado al lujo i entregado a la molicie, se deja arrastrar por los alicientes de engañosos placeres i juega su salud al azar de goces momentáneos? Qué sería de él, digo, sin el auxilio i los benévolos consejos del médico?

A veces no bastaria la juventud mas florida i la mas vigorosa constitucion para detener o equilibrar los efectos del mal; i el hombre, sin la luz que suministra la Patolojía, despues de arrastrar una existencia triste, dolorosa i miserable, moriria en breve tiempo, pagando con su vida sus excesos, i su poco respeto a las leyes de la naturaleza i la moral!----

Si tales i tan inestimables son las ventajas i la utilidad que ofrece la Patolojía, menester será rendir un justo tributo de admiracion i de respeto a la memoria del sabio, del inmortal Hipócrates, que nos legó con su nombre venerado i sin mancha los hermosos principios de la mas bella e importante de las ciencias; miéntras yo, inclinando mi frente, manifiesto mi gratitud i reconocimiento a los ilustres discípulos de él, que, sin el menor asomo de egoismo, i con la mas decidida i perfecta consagracion, procuran inculcarnos los profundos i variados conocimientos que poseen.

JORJE E. DELGADO.

ESCUELA DE LITERATURA I FILOSOFIA.

SEÑORES.

Asunto es fecundo e interesante para la investigacion filosófica, la adquisicion del orijen, progresos i decadencia de la lengua latina. Intimamente relacionada con los destinos de la inolvidable Roma, participó con ella de sus glorias i su fama. . . Hoi, es el único monumento que sobrevive a su ruina. La lengua de un pueblo es la base de su literatura, i como esta es la faz mas atractiva de su historia, es preciso que yo penetre un tanto en la de esa nacion señora del mundo, cuyo recuerdo ha eternizado la voz de sus poetas. El tiempo ha abatido con el roce incesante de sus alas los soberbios monumentos de los Romanos: el imperio universal desapareció bajo las olas de la barbarie invasora: las tumbas de sus héroes

son hoy holladas por la planta de los bandidos o se desploman al paso de los rebaños. Pero en medio de tanta desolacion quedan sus leyes profundas i las obras inmortales de Virjilio, Horacio, Ciceron i otros jenios; obras que han permanecido incólumes, que han sobrevivido a tamaña destruccion, como el arca de Noé en medio del diluvio universal. Eso es cuanto queda del pueblo romano. Pero no, me engañaba: ; quedan tambien los nombres de Calígula, Neron i Caracalla, legados a la inmortalidad como un homenaje i una venganza debidos a la libertad que ellos ahogaron !

El espíritu relijioso i el jenio guerrero fueron los principales caracteres del pueblo-rei. Así es que sus primeros documentos literarios de que se tiene noticia, son cantos ensalzando a los dioses o celebrando las batallas. Mas tarde, en las primeras épocas de la República, comenzaron a descollar oradores entre los tribunos del pueblo; pero este, ocupado en la conquista del mundo, prestaba poca atencion a las inspiraciones de la elocuencia. Mui luego cayó Cartago, i la Grecia sucumbió con Philopæmen: entónces los romanos, conseguido el objeto de sus ambiciones, i ya en la cúspide de la grandeza, pensaron en eternizar su memoria, haciendo cantar sus hazañas, i deificando a sus héroes con la alabanza de sus magnos hechos. Arrebató entónces a la Grecia su literatura, como parte de botin, i sus primeros ensayos no fueron sino plajios de las armonías de una lira extranjera. Así nació la literatura romana. Ni podia ser de otro modo, pues ese pueblo conquistador tomó prestado todo, aun sus errores. "Los griegos de Calabria, Campania i Sicilia, le dieron su alfabeto, sus divinidades, sus mitos: los etruscos sus supersticiones, sus augurios, sus combates de gladiadores: los volscos su táctica militar: Aténas, Esparta i Grecia sus leyes de las doce tablas; i los artistas samnitas sus templos." (*)

No es del caso relatar aquí la marcha progresiva de la literatura romana durante las épocas tormentosas de la República. Ya ese asunto ha sido mui bien tratado por brillantes plumas, i mi voz desautorizada, bien léjos de aumentar su esplendor, menguaria su majestad. Pero sí me detendré por un momento en la época de Augusto, para rendir a Virjilio mi tributo de admiracion.

El pueblo-rei degenerado habia admitido ya una paz oprobiosa a trueque de la libertad. El lujo, importado del Oriente, i los placeres, habian enervado a los descendientes de aquel pueblo sobrio i digno alguna vez, i les habian hecho perder del todo aquel pundonoroso sentimiento de dignidad i orgullo, característico de los contemporáneos de Colatino i Junio Bruto. En tiempo del imperio el pueblo hacia la apoteosis de sus tiranos, con tal que estos le brindasen numerosos espectáculos en el anfiteatro, i le dejasen la libertad suficiente para dormir el sueño de la voluptuosidad.

(*) History of Rome and its antiquities. Hetherington. Volume I.

Fué en medio de la paz octaviana cuando comenzó, pues, a dejarse oír el inspirado canto de Virjilio, semejante al canto del ruiseñor en medio de la calma i el silencio de la noche.

Ah! ¿quién ha leído sin conmoverse esos versos inimitables, esa armonía suprema que brotó de los labios del poeta para conmover i estremecer al mundo? Creo que nadie. La voz que arrebatava profetizó i cantó el advenimiento del Mesias, en la égloga de Pollion: esa voz que expresó “el sentimiento de la vaga pero universal esperanza de los pueblos en aquella época,” segun dice Poujoulad, esa voz, repito, estaba dotada de un acento tan profundamente sensible, de una armonía tan conmovedora, que habria hecho estremecer, cual otro Orfeo, las insensibles rocas. En las obras de Virjilio encontramos una admirable regularidad, una sobriedad de detalles, una elegancia de expresiones que le caracterizan i forman su mérito i su gloria. El se salvó de los dos escollos en que ha venido a encallar la poesía moderna, a saber: el abuso de las descripciones i la melancolía. Ved con cuánto arte coloca en medio de sus cuadros, en medio de sus descripciones al hombre, único que puede darles movimiento i vida: así los grandes pintores le han colocado en medio de sus escenas campestres, o bien han dejado entrever un recuerdo o una esperanza del hombre para animarlas; pues toda la creacion está muda cuando falta aquel para quien se hizo. Guiado por ese gusto exquisito que es el sello del ingenio i el privilegio de las almas tiernas, Virjilio guarda una justa medida en la pintura de sus afectos. En sus versos la reflexion se convierte en sentimiento, i el sentimiento en imájen. En ellos están maravillosamente revelados los secretos del corazon humano, las alegrías, las inquietudes del amor, los placeres de la amistad i las ternuras del amor paternal, i en fin los afectos i las conmociones supremas de los pueblos en sus momentos de prueba, demostrándonos todo esto que el poeta poseía, mas que ninguno, la virtualidad del sentimiento. Otros caracteres notamos tambien en Virjilio, que son su fe relijiosa i su moralidad. Eneas, el héroe de su poema, es esencialmente piadoso, i todos los sucesos, todos los acaecimientos que refiere Virjilio en sus cantos, los hace depender de la voluntad de la Divinidad i de su intervencion directa en los negocios de la tierra.

Ahora, poniéndole en paralelo con Homero, no vacilo en creer a Virjilio superior. Os diré por qué. Homero vivió en una época en que se sucedieron sin intermision grandes hechos, i en que la libertad fecunda daba a luz millares de héroes. El carácter del poeta se amolda, por decirlo así, a la época en que vive, porque las palabras son signos representativos de las ideas, i estas se abaten i anonadan, o se subliman i engrandecen bajo el influjo de las instituciones políticas. La época de Homero fué la era de los semidioses, i así él no tuvo que inventar sino únicamente que describir, cantando las acciones heroicas que contemplaba.

No así Virjilio: él vivió en una época en que la libertad jemia ahreojada; i en que los hombres, entregados a la disolucion, no tenian ya ese espíritu indomable i guerrero, distintivo de los primeros romanos. Nada, pues, sino la tradicion, o las creaciones de su poderosa imaginacion, podian indicarle la existencia de los héroes.

Con todo, Eneas es el tipo del verdadero héroe.

Homero copiaba las bellezas de una naturaleza virjen i exhuberante que tenia a la vista; Virjilio copiaba las mismas escenas, pero en una selva abatida, teniendo que valerse de su poderosa imaginacion para revivirlas. Homero describia lo que veia i respiraba el puro ambiente de la libertad; Virjilio creaba las bellezas que no habia conocido en su paisaje, i estaba aspirando los miasmas de la esclavitud; luego quizá no estoi errado al creer a este superior a aquel.

En suma, las obras de Virjilio, siempre admiradas, siempre leídas, durarán tanto como el mundo, o por lo ménos, cuanto dure su civilizacion.

El poeta i el idioma en que canta están tan estrechamente unidos, que el elojio del uno encierra el elojio implicito del otro. El que haya leído a Virjilio no puede admitir duda alguna acerca de la belleza i fluidez de la lengua latina, como el que ve una escultura de mármol de Páros o de Carrara no puede dudar de la finura de la piedra. I sinembargo, duele el considerar a esa sábia lengua condenada casi en absoluto a un inmerecido olvido. Parece que el destino adverso de Roma no se contentó con abatir a esta tanto cuanto habia sido elevada, sino que hizo pesar tambien su mano inexorable sobre el monumento mas precioso que ella tuvo jamas, a saber: la lengua latina, testigo irrecusable de su civilizacion.

Pero el siglo vijésimo se acerca colmado de esperanzas para los que soñamos el adelanto de la humanidad, bajo el amparo del Cristianismo i del progreso. Entónces, tal vez la lengua latina, madre de la mayor parte de los idiomas dominantes, será la lengua universal; o por lo ménos, si tanto progreso está vedado al jénero humano, permitidme recrearme imaginando a las dos Américas fundidas en una sola nacionalidad, en una sola República, hablando ese idioma de los libres, esa lengua inmortal en que hablaron i cantaron los héroes cuya águila victoriosa surcó el Oriente i fué a anidar en las montañas del Atlas.

Mas perdonad, señores! Llevado por el entusiasmo quise arrebatar sus secretos al porvenir. Disimulad esta digresion que podeis considerar como el ensueño de quien entrevé las grandezas del mundo intelectual, i se complace en creer en el triunfo de lo bueno i de lo bello.

MESSIEURS,

I

Placé au sommet de l'échelle de la création, l'homme doit sa supériorité à la perfection de son intelligence, et à la pensée la force apparente qui vient colorer sa faiblesse native. On l'a dit souvent, réduite à ses facultés physiques, la plus noble créature de Dieu ne serait qu'un animal débile et misérable. C'est à l'aide de l'idée que l'homme embrasse la nature entière, s'en empare, et la range esclave au service de ses besoins, de ses plaisirs. Il plane au dessus de l'aigle, il enchaîne la foudre; et l'être, en apparence le plus limité, se rend le maître de la création. Mais parmi les avantages inhérents à notre organisation intellectuelle, il faut incontestablement placer en première ligne la faculté de parler; prérogative aussi précieuse que celle de l'entendement, car le langage n'est pas seulement l'auxiliaire, mais le complément de la raison. Avec l'admirable faculté de fixer ses pensées par des signes matériels, de les communiquer à ses semblables, de s'enrichir des conceptions, des découvertes de tous les temps, de tous les lieux, l'homme a pu reculer indéfiniment les bornes de sa perfectibilité; et contemporain de tous les âges, citoyen de tous les pays, conserver les trésors de la sagesse antique, à côté des trésors qu'amasse le présent. Sans la parole, point de tradition, point d'histoire, point de discussion, point de science, point de lois, point de société. Qui pourrait nommer société la rencontre fortuite de quelques individus incapables de se communiquer leurs besoins, de combiner leurs projets, de travailler de concert à leur avenir? Imaginons-nous un peuple de sourds-muets; s'il tâche de se donner une forme sociale, combien d'obstacles n'aura-t-il pas à surmonter! Que sa marche sera chancelante et difficile! Ces considérations, appliquons-les au langage écrit, espèce de corollaire, forme visible du langage. Si la parole est l'image fugitive de l'intelligence, l'écriture en devient le symbole permanent; si la parole nous met en communication avec ceux qui sont présents, l'écriture porte notre pensée aux lieux où nous ne sommes point, et la conserve pour les temps où nous ne serons plus.

La grammaire suivit de près l'écriture. Quand on eut trouvé le moyen de peindre les mots, on ne tarda pas à en découvrir les lois. Dès lors il ne fut plus permis d'employer un terme pour un autre, ni de construire une phrase arbitrairement, ainsi qu'on l'avait fait jadis plus d'une fois, à l'époque où chacun était maître absolu de ses paroles comme de sa personne. La grammaire fit dans le langage ce que la loi avait fait dans la société: elle mit chaque chose à sa place, et assura l'ordre général en restreignant l'indépendance individuelle.

Les familles et les peuplades peu éloignées les unes des autres se soumi-
rent en commun aux mêmes lois grammaticales; mais les montagnes,

les fleuves, les mers établirent des barrières entre les différents langages, et plusieurs grammaires se formèrent sur la surface du globe. Chaque langue eut son génie particulier; mais quelle que fût la différence de la forme, le fond resta partout le même, parce qu'il tenait à la nature même de l'esprit humain. L'ensemble de ces principes invariables forme ce qu'on appelle la *grammaire générale*.

II

Parmi ces diverses langues, il y en a une qui mérite notre principale attention: c'est la française; et voilà celle dont je vais vous parler dans cette occasion. La langue française est belle et importante par elle-même; et les grands écrivains se sont trop répandus en parlant à son égard; cependant, je dois vous avertir, avant tout, que mon discours sera très-petit, et qu'il manquera d'harmonie et de perfection, attendu que mes facultés intellectuelles ne me permettent pas de faire une composition complète et satisfaisante pour l'esprit. Je vous dirai, messieurs, quelque chose à l'égard de l'origine de la langue française, de son étendue, et je conclurai par quelques autres observations particulières.

III

ORIGINE—Le fondement, la substance même de la langue française c'est le latin. Le français a fait encore des emprunts à l'espagnol et surtout à l'italien qui a fourni la plupart des mots relatifs aux arts; les termes de marine sont d'origine anglaise. On trouve, en outre, des mots germaniques, grecs et de quelques autres langues.

IV.

EXTENSION—Le français, qui est la langue de la haute société, dans la plupart des États européens, est en outre parlé exclusivement ou fort répandu, dans la Belgique, la Suisse, les Colonies appartenant actuellement à la France, ses anciennes possessions maritimes; parmi les populations d'origine française, comme le Canada et la Nouvelle-Orléans. Le français est encore la langue des voyageurs, en Europe, aux États-Unis de l'Amérique du Nord, et dans toute l'Amérique du Sud.

V

On a dit que la langue française est pauvre parce qu'elle n'a que deux genres, une déclinaison se faisant au moyen d'un article et de prépositions, peu d'adjectifs et peu de formes dans la conjugaison. Mais ces défauts sont

amplement rachetés par l'admirable clarté qui est son caractère distinctif et qui l'a rendue la langue de la diplomatie. La marche simple et régulière de sa construction est tellement conforme aux principes de la logique et de la raison, que rarement elle admet deux manières d'exprimer une idée, et que souvent il suffit d'énoncer en français une proposition qui paraissait juste dans une autre langue, pour en faire voir immédiatement la fausseté.

Le grand nombre de mots ayant plusieurs significations ou de désinences rend le français très-propre aux jeux de mots et aux épigrammes. Aussi le français est éminemment la langue des sciences, de la politique et de la discussion.

VI

Je demande finalement, messieurs: qui ne reconnaît l'importance et l'utilité de la langue française? Y a-t-il personne qui, sachant parler et traduire le français, ne comprenne qu'il est en possession d'un grand trésor? Non, messieurs: la langue française est d'un éminent profit pour tous. Elle est utile au sage, qui trouve dans beaucoup de volumes français un grand nombre de connaissances et de vérités sublimes dont il se hâte de s'enrichir; elle est utile au littérateur, qui trouve dans les discours et dans toutes les œuvres des littérateurs français, de beaux sujets d'où il tire, le plus souvent, ses meilleures productions littéraires; elle est utile au négociant, parce qu'une fois qu'il connaît passablement le français, il peut se mettre en communication facilement avec la France, peuple dont nous pouvons dire sans danger de nous tromper, qu'il constitue le centre du commerce et de la civilisation. De là nous viennent les meilleures marchandises, presque toutes les machines, et enfin, les plus belles productions des arts. La langue française est donc utile au monde entier, comme je l'avais déjà dit.

Conséquemment il est d'une très-grande importance et même nous pouvons dire de *nécessité*, que cette langue soit enseignée et se répande autant que possible. Et voilà, messieurs, pourquoi nous avons consacré cette année à l'étude du français.

Nous allons vous offrir dans cet acte les connaissances que nous avons acquises; mais, avant tout, je sollicite de vous, et au nom de mes compagnons d'étude, l'indulgence et le pardon.

RICHARD MARTÍNEZ SILVA.

GENTLEMEN:

Language is the most sublime gift which God has granted to the king of creation; for it is the manifestation of the Omnipotence, which fertilized space and caused the universe to issue from it. But it is not only an

excellent gift to man, it is also the most powerful one; because it is the expression of his intelligence, of his thought, of his will; in short, it is the evident declaration of his heavenly origin.

Philology in harmony with Moses' account has established the existence of a single and first language. But amongst the thousands which have succeeded, which would be the first? the answer has remained lost in the obscurity of time which leaves no memorial of its course. Let us follow Moses, and with him, humanity in its development. The difference of language being introduced, man lost the general bond of association; every people formed their language, more or less rich, more or less harmonious, according to the influences under which they were formed, and now they have reached the degree of perfection that civilization requires and which is the distinctive of the greater or less improvement of nations.

My present disquisition will be upon the English language which we have made a part of our studies this year. I enter a vast field, though already explored enough. I will speak to you of its beauties and of its advantages; and I invite you to accompany me to admire them.

The revolutions that shake nations in their infancy affect them in such a manner as even reaches their language. There remain some traces of their good or bad influence; and this is doubtless the cause for which the English language contains such a mass of dissimilar elements, because it partakes of the nature of the Saxon, the Latin and the French, a mixture which has given origin to the irregularity of its pronunciation and writing; but compared with other composite languages, this irregularity comes to nothing. In counterpoise of the defects it may have, it offers remarkable advantages: abundance of words, to such a degree, that the historian, the scholar, the naturalist &c, can never exhaust the stock of words which it contains; there is regularity in construction; cadence and simplicity in period; and in poetry it forms delightful combinations, this being a superiority of the English over all other languages, where it is distinguished from prose only by rhyme; and to say the truth, it joins the greatest beauties to extreme simplicity. Almost all nations have given brilliant pages to History; and England has doubtless been of the principal ones. The frequent and colossal wars that she has always waged; the glories which have been given her by a Lion Heart, a Cromwell, a Nelson and other heroes, will be always celebrated; and of all that gives renown to nations England has an incontrovertible right.

But not only in this manner has England become famous. We find among her sons, names renowned both in sciences and literature. The country where Bacon, Newton, Boyle, Shakspear, Milton and Byron have seen the light deserves our veneration. There are talents that belong not only to the genius who has given them birth, nor to the country where they were

born, but to all humanity which owes to them its progress, and to which they belong as much as to their own countrymen; some discovering the laws of nature and others finding new ideal worlds, and enriching their language with the sublimest eloquence. You who are lovers of fierce and passionate harangues, in defence of truth, justice and liberty, do homage to Pitt and O'Connell, who for having raised their voices in behalf of the most sacred rights, will have an echo in the remotest posterity. Thus, by knowing the English language, we shall be able to understand and imitate, when proper, the celebrated customs of that country, and to admire with more intimacy the particular character which distinguishes it.

Let us now speak about what relates to us directly, I mean, of the intercourse of Great Britain. She has colonies in every part of the globe, where her numberless subjects undertake amazing speculations; either pursuing the elephant in his woods; the rhinoceros in his burning plains, the beaver in his dams; shortening distance by means of the telegraph, creating unexpectedly and to the astonishment of the world, a rail-road, or opening a canal. However all this is but a pale show of their industrial genius. English ships pursuing the whale and other cetaceous animals, go round the world; beginning from New-Holland, they arrive at Indostan, traverse the Arabian sea, to take rest for a moment in the cape of Good Hope; them passing through the Antillas arrive at the ir colonies in the North of America. Such is the enterprising spirit of that race with which we are already connected.

The United States of North America form another nationality no less respectable and amazing than the metropolis; for it seems that such a family is appointed for preeminence in the world. Thus our merchant who goes out of the narrow limits of his domestic speculations, and wishes to embark in a more extended sphere, must know the language of those persons whom he will find in his enlarged scene of action.

From all this, we may conclude that the English language is almost universal to-day, and that in order to be remarkable in any career, a knowledge of it is necessary, as it concerns us very deeply in every respect.

Leibnitz, Rousseau and some others, have tried to promote the idea of a universal language, but they met with obstacles. If their idea can be realized, the general use of the English language to-day, the astonishing periodical increase of the races that speak it, and its consequently increasing importance, point it out as that general language of the future.

RAFAEL PINTO.
